"La celosa de sí misma"

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

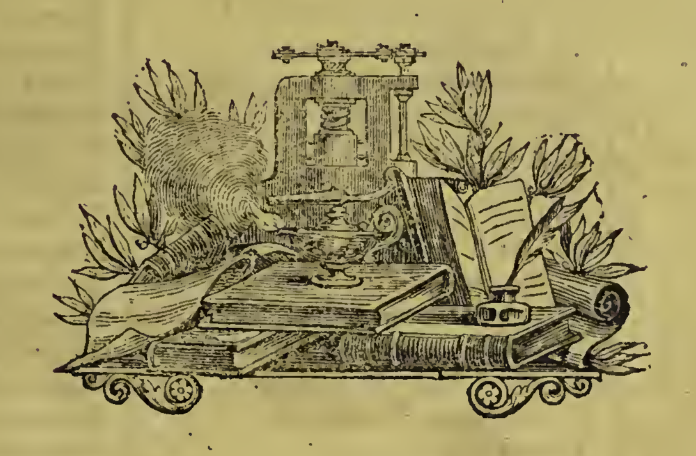
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

-7-

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

LA CELOSA DE SÍ MISMA,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA MAGDALENA.
DON MELCHOR.
DOÑA ÁNGELA.
DON ALONSO, *viejo.*
DON GERÓNIMO.
DON SEBASTIAN.
DON LUIS.
VENTURA, *lacayo.*
QUIÑONES, *dueña.*
SANTILLANA, *escudero.*
CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Entrada á la lonja del convento de la Vitoria, con vista á la Puerta del Sol.

ESCENA I.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *de camino.*

DON MELCHOR.

Bello lugar es Madrid.
¡Qué agradable confusion!

VENTURA.

No lo era menos Leon....

DON MELCHOR.

¿Cuándo?

VENTURA.

En los tiempos del Cid.
Ya todo lo nuevo aplace:
á toda España se lleva
tras sí.

DON MELCHOR.

Su buen gusto aprueba
quien de ella se satisface.
¡Bizarras casas!

VENTURA.

Retozan
los ojos del mas galan;
que en Madrid, sin ser Jordan,
las mas viejas se remozan.
Casa hay aquí, si se aliña
y el dinero la trabuca,
que anocheciendo caduca,
sale á la mañana niña.
Pícaro entra aquí mas roto
que tostador de castañas,
que fiado en las hazañas
del dinero, su piloto,
le muda la ropería
donde hijo pródigo vino,
en un conde palatino,
tan presto que es tropelía.
Dama hay aquí, si reparas
en gracias del soliman,
á quien en un hora dan
sus salserillas diez caras.
Como se vive de prisa,
no te has de espantar si vieres
metamorfosear mugeres,
casas y ropas.

DON MELCHOR.

A misa
vamos, y déjate de eso.

(*Mirando al fondo.*)

¡Brava calle!

VENTURA.

Es la mayor, (1)
donde se vende el amor
á varas, medida y peso.

DON MELCHOR.

Como yo nunca salí
de Leon, lugar tan corto,
quedo en este mar absorto.

VENTURA.

¿Mar dices? Llámale así,
que ese apellido le da
quien se atreve á navegalle,
y advierte que es esta calle
la canal de Bahamá.
Cada tienda es la Bermuda;
cada comerciante inglés
pechelingue (2), ú holandes,
que á todo bajel desnuda.
Cada manto es un escollo.
Dios te libre de que encalle
la bolsa por esta calle.

DON MELCHOR.

Anda, necio.

VENTURA.

Vienes pollo;
y temo, aunque mas presumas,
que te pelen ocasiones;
que aun gallos con espolones
salen sin cresta ni plumas.

DON MELCHOR.

Si yo me vengo á casar
con sesenta mil ducados,
y soy pobre, ¿en qué cuidados
me ha de poner este mar?

---

(1) La calle mayor no se contaba entonces como ahora desde san Felipe el real. En obsequio de los niños y de los forasteros, diremos que el convento de la Victoria hacia esquina á la calle de este nombre.
(2) Aquí *pechelingue* mas bien está usado en la acepcion de *pirata*, que en la de *hereje*. Todo cabe en esta palabra.

¿Traigo yo muchos?

VENTURA.

Doscientos,
sino ducados, escudos,
que de malicias desnudos,
ignoran encantamentos.
Libròlos la corta hacienda
de señor, para tu costa,
y aquí correrán la posta,
si no les tiras la rienda.
¿Piensas que sin ocasion
traen cordones los bolsillos?
pues para poder regillos,
advierte que riendas son,
que tira el considerado,
temeroso de chocar;
porque no hay mayor azar
que un bolsillo desbocado.

DON MELCHOR.

Oigamos agora misa,
que es fiesta, y déjate de eso,
pues no soy yo tan sin seso
como tú.

VENTURA.

¡Cáusasme risa!
¿Qué va que antes que tu suegro
(llamo así al que lo ha de ser)
veas, tienes de caer
en la red de un manto negro?

DON MELCHOR.

Anda, que estás ya pesado.
¿Qué iglesia es esta?

VENTURA.

Se llama
la Vitoria, y toda dama
de silla, coche y estrado,
la cursa.

DON MELCHOR.

¡Bravas personas
entran!

VENTURA.

Todos son galanes

espolines gorgoranes, (1)
y mazas de aquestas monas.

DON MELCHOR.

Vamos, que es tarde, y deseo
ya conocer á mi esposa,
que dicen que es muy hermosa.

VENTURA.

¿Cuándo has visto tú oro feo?
Con seiscientos mil ducados
de dote, ¿qué Elena en Grecia,
y en Italia qué Lucrecia,
se la compara?

DON MELCHOR.

Cuidados
diferentes han de darme
motivo de ser su esposo;
que aunque el dinero es hermoso,
yo no tengo de casarme,
si no fuere con belleza
y virtud: esto es notorio.

VENTURA.

Entra, que un fraile vitorio
allí el intróito empieza.

DON MELCHOR.

¡Oh Madrid, hermoso abismo
de hermosura y de valor!

VENTURA.

¡Oh misa de cazador!
¿quién te topara en guarismo? (*Vanse.*)

ESCENA II.

DON GERÓNIMO. DON SEBASTIAN.

DON GERÓNIMO.

Vivimos en una casa,

---

(1) *Mozos de espuela, vestidos de seda*, parece que es lo que quieren decir estos dos sustantivos.

y así está puesta en razon
nuestra comunicacion.

DON SEBASTIAN.

Como tan presto se pasa
el tiempo en Madrid, no dá
lugar aun de conocerse
los vecinos, ni poderse
hablar.

DON GERÓNIMO.

Disculpado está
nuestro descuido; que aquí
en una casa tal vez
suelen vivir ocho y diez
vecinos, como yo ví,
y pasarse todo un año
sin hablarse, ni saber
unos de otros.

DON SEBASTIAN.

Yo fuí ayer
(escuchad un cuento estraño)
en busca de cierto amigo,
aposentado en la plaza,
esa que el aire embaraza,
de su soberbia testigo,
usurpando á su elemento
el lugar con edificios,
de esta Babilonia indicios,
pues hurtan la esfera al viento.
Pregunté en la tienda: "aquí
¿vive don Juan de Bastida?"
y dijo: (1) "no ví en mi vida
tal hombre." Al cuarto subí
primero, y con una boda
vi una sala que, entre fiestas,
de hombres, y damas compuestas,
estaba ocupada toda.
Pregunté por mi don Juan,

---

(1) La tienda no podia *decir*: acaso está errado el verso anterior. Tellez debió escribir: *pregunté á un tendero.* Esta relacion está descuidadísima.

y díjome un gentilhombre:
"no hay ninguno de ese nombre
en cuantos en casa estan."
Llegué al segundo, trasunto
del llanto y de la tristeza,
y de una enlutada pieza
vi cargar con un difunto.
Al son de responso y llantos,
que á dos viejas escuché,
por mi don Juan pregunté:
respondióme uno entre tantos:
"no sé que tal hombre viva
en esta casa, señor."
Subí, huyendo del dolor
funesto, al de mas arriba,
y hallé una muger de parto,
dando gritos la parida,
y á don Juan de la Bastida
plácemes, que en aquel cuarto
habia un año que vivia
con hijos y con muger:
de modo que llegué á ver
en una casa, en un dia,
bodas, entierros y partos,
llantos, risas, lutos, galas,
en tres inmediatas salas,
y otros tres contínuos cuartos,
sin que unos de otros supiesen,
ni dentro una habitacion,
les diese esta confusion
lugar que se conociesen.

DON GERÓNIMO.

Está una pared aquí
de la otra mas distante,
que Valladolid de Gante.

DON SEBASTIAN.

Bien podeis decirlo así:
pero ¿con qué pretensiones
venís á nuestro Babel?

DON GERÓNIMO.

No mas que vivir en él,
y gozar sus ocasiones.

Tengo un padre perulero,
que de gobiernos cansado,
treguas ofrece al cuidado,
y empleos á su dinero.
Ciento y cincuenta mil pesos
trae aquí con que casar
una hija, en quien lograr
intereses y sucesos
que en Indias le hicieron rico.
La mitad me cabe dellos.

DON SEBASTIAN.

¡Bello dinero!

DON GERÓNIMO.

Y mas bellos
los gustos á que le aplico;
que es de Madrid la hermosura.

DON SEBASTIAN.

A todos teneis accion.

DON GERÓNIMO.

Esperamos de Leon
un deudo con quien procura
casar mi padre á mi hermana;
que maridos cortesanos
son traviesos y livianos.

DON SEBASTIAN.

Eleccion cuerda y anciana.

DON GERÓNIMO.

Y vos, ¿qué haceis en la corte?

DON SEBASTIAN.

Un hábito he pretendido,
que ya medio conseguido,
temo que el plazo me acorte,
por lo que me ha de pesar
el dejar esta grandeza;
que es comun naturaleza
del mundo aqueste lugar.
Hele habitado tres años;
seis mil ducados de renta
como, tomándome cuenta
de toda amores y engaños.
Tengo tambien una hermana,
que por no hallarse sin mí,

ha un año que asiste aquí.

DON GERÓNIMO.

¿Y es de patria...?

DON SEBASTIAN.

Sevillana,
y en belleza y discrecion
Venus del Andalucía;
y á no ser hermana mia,
y estraña en su presuncion,
os la pudiera alabar
por sol de la patria nuestra.

DON GERÓNIMO.

Basta ser hermana vuestra:

DON SEBASTIAN.

Sí, pero es nunca acabar
si os cuento en lo que se estima.
De todos hace desprecio;
el mas Salomon es necio,
si á pretenderla se anima;
Tersites el mas galan,
Lázaro pobre el mas Creso,
y el mas noble, hombre sin seso.
No quiere venir de Adan,
porque dice que no pudo
progenitor suyo ser
quien delante su muger
se atrevia á andar desnudo.

DON GERÓNIMO.

¡Humor singular, por Dios,
y digno por su camino
de estima!

DON SEBASTIAN.

Nuestro vecino
sois, y de una edad los dos.
Como nos comuniquemos,
dareis á la admiracion,
como á la risa, ocasion
de celebrar sus estremos.

DON GERÓNIMO.

Yo y mi casa hemos de estar
desde hoy al servicio vuestro.

DON SEBASTIAN.

Con la voluntad que os muestro,
me habeis siempre de mandar.
Pero ya de misa salen:
pasad la lengua á los ojos,
si en hechiceros despojos
cuerdas resistencias valen
contra vitoriosas llamas.

DON GERÓNIMO.

Es esta iglesia una gloria
de belleza.

DON SEBASTIAN.

Y la Vitoria
la parroquia de las damas. (*Vanse.*)

ESCENA III.

DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.

¿No has oido misa tú?

VENTURA.

¿Soy yo turco? Siendo hoy fiesta,
sin misa habia de quedarme?

DON MELCHOR.

¿Dónde la viste?

VENTURA.

A la puerta
de esta devota capilla
de la Soledad, y en ella
á un fraile, que esgrimidor,
juntó el pomo á la contera.
¡En qué santiamen la dijo!
¡Oh quien hacerle pudiera
secretario de la cifra,
ó capellan de estafetas!
Entraste tú hasta las gradas,
al olor de la belleza
de damas, tus gozquecillos,
que como ciego te llevan;

mas yo que huyo de apreturas,
quedéme á la popa de ellas,
que es rancho de los Guzmanes
en naves, coches é iglesias.

DON MELCHOR.

¡Ay Venturilla! ¡cual salgo!

VENTURA.

Saldrás con el alma llena
de devocion de esta imagen,
que enternece su tristeza.
Es de las mas celebradas
de la corte.

DON MELCHOR.

¡Ojalá fuera
divina mi devocion,
y la imagen causa de ella!
Devoto salgo, Ventura;
pero á lo humano. ¡Ay! ¡qué bella
imagen ví! si es imagen
quien á sí se representa.
¡Ay si de la Soledad
esta hermosa imagen fuera,
y no de la compañia,
porque ninguna tuviera!

VENTURA.

¡Al primer tapon zurrapas!
¡Perdido á la primer treta!
En tierra al primero golpe,
y al primer lance, babera!
¿Mas qué has visto alguna cara
margenada de guedejas,
que el soliman albañil
hizo blanca siendo negra;
manto soplon, con mas puntas
que gradas de recoletas,
de aquella castaña erizo,
y archeros de aquella alteza,
que al descuido cuidadosa,
al viento de la veleta,
ó abanico, te enseñaba
por brújula la cabeza?
Seria peli-azabache

la prohijada cabellera,
puesta, como defensivo,
encima de la mollera.
Toca y valona azulada,
banda que el pecho atraviesa,
vueltas y guantes de achiote,
guantes de pita, y firmeza (1).
Escapulario y basquiña
de peñasco (2) á la frailega,
chapin con vira de plata,
crugiendo á ropa de seda:
la camándula (3) en la mano.

DON MELCHOR.

Ventura, palabras deja
aplicadas á tu humor,
y en esa mano te queda,
que es la que he visto no mas.
¡Ay qué mano! ¡qué belleza!
¡qué blancura! ¡qué donaire!
¡qué hoyuelos, qué tez, qué venas!
¡Ay qué dedos tan hermosos!

VENTURA.

¡Ay qué uñas aguileñas!
¡ay qué bello *rapio*, *rapis*!
¡ay qué garras monederas!
¡ay qué tonto moscatel!
¡ay qué bobuna leonesa!
y ¡ay qué bolsillo precito,
si mi Dios no lo remedia!
¿Que no la viste la cara?

DON MELCHOR.

¿De qué suerte pude verla,
si me embarazó los ojos
aquella blancura tierna,
aquel cristal animado,
aquel....

VENTURA.

Di candor, si intentas
gerigonzar critiqueces (4);

(1) Una joya. (2) Tela de lana. (3) Rosario.
(4) Culteranismo, los cultos.

di que brillaba en estrellas;
que emulaba resplandores
que circulaban esferas;
que avergonzaba diamantes,
que bostezaba azucenas.—
¿De una mano te enamoras,
por el sebo portuguesa,
dulce por la vírgen miel,
y amarga por las almendras,
sin un adarme de cara,
sin ver un ojo, una ceja,
un asomo de nariz,
una pestaña siquiera?
¡Jesus! ¡qué visoñería!

DON MELCHOR.

Necio, si probar deseas
mi cólera, di dislates.

VENTURA.

¿Ya estás en la corredera?
Prosigue.

DON MELCHOR.

Una mano hermosa,
blanca, poblada y perfeta,
que tiene acciones por almas,
y tiene dedos por lenguas,
hará enamorar un mármol;
y la que yo ví, pudiera
menospreciar voluntades,
descorteses por esentas.
Cúpome, al oir la misa,
su lado; y cuando la empiezan,
quitó la funda al cristal,
y en la distancia pequeña
que hay desde el guante á la frente,
vi jazmines, vi mosquetas,
vi alabrastros, vi diamantes,
vi, al fin, nieve en fuego envuelta.
Tenia hasta el pecho el manto,
y santiguóse cubierta:
pudo ser de verme ansí
transformado en su belleza.
Volvió en ocasos de ambar

segunda vez á esconderla,
hasta que en pie al evangelio,
amaneció aurora fresca.
Santiguóse al comenzarle,
y al darle fin, la encarcela
hasta el *Sanctus*, que desnuda,
da aldabadas á la puerta
del pecho, llamando al alma,
que deseosa de vella,
debió penetrar cartones,
pues corazones penetra.
Duró esta vez el gozarla
sin la prision avarienta,
hasta consumir el cáliz:
¡ay Dios, si mil siglos fueran!
Volvió á ponérseme el sol,
hasta que acabando, empiezan
el evangelio postrero,
siendo tambien la postrera
liberalidad feliz
que hizo á mi vista, ciega
con la oscura privacion
de su cándida pureza.

VENTURA.

A tragos te la sorbiste,
si no es que contigo juega
al escondite, esa mano.
¿Hay mas de eso?

DON MELCHOR.

Oye, y espera.
Estaba yo reduciendo
á los ojos mis potencias,
para que todas gozasen
la gloria de su belleza,
cuando vi junto á ella un hombre,
que en el talle y la apariencia
pasaba plaza de honrado,
cortarle, con sutileza
ingeniosa, del cordon
un bolsillo. ¿Quién creyera
que de tal civilidad
fuera apoyo tal presencia?

Amábala yo, y así
corria ya por mi cuenta
el defender prendas suyas;
pero por no hacer la afrenta
pública del robador,
antes que el hurto escondiera,
asiéndole de la mano,
le vituperé á la oreja
la accion de su talle indigna,
respondiendo su vergüenza
en la cara por escrito
lo que no pudo la lengua.
Quitéle en fin el bolsillo,
y atribuyendo á pobreza
lo que debió ser costumbre,
saqué de la faltriquera
un doblon, que por hallazgo
de tan estimada prenda
le dí, con que en un instante
despejó misa é iglesia.
Cesó el no oido oficio,
que me holgara yo que fuera
de pasion; desocupóse
la capilla, donde queda
rematando en el rosario
mi divina mano cuentas,
cuyo alcance han de pagar
desde este punto mis penas;
y salgo á aguardarla aquí,
deseando que amanezca
el alba de aquella mano,
cuando, cisne puro, vuelva
á bañarse en la agua santa
que en esta pila desean
mis esperanzas gozar,
despues que no la ven, secas.

VENTURA.

¡Válgate el diablo por mano!
La primera vez es esta
que entró el amor por grosura:
manotada te dió fiera.
Mas ven acá: si esta mano

viene á ser, cuando la veas,
de algun rostro polifemo,
ó alguna cara juaneta,
¿que has de hacer?

DON MELCHOR.

Eres un tonto.
La sábia naturaleza
distribuyó proporciones,
en sus fábricas discreta.
Mano de tal perfeccion
fuera culpable indecencia
que sirviese de instrumento
á cara menos perfeta.
Mandó Alejandro pintar
en una tabla pequeña
la corpulencia de Alcides;
y por mostrar su grandeza,
solamente pintó Apeles
el dedo pulgar, que intentan
medir gigantes á varas;
para que hiciesen la cuenta
qué tan grande seria el cuerpo
de quien en un dedo emplea
aritméticas medidas:
y yo, de la suerte mesma,
congeturo por la mano
qué tal será la belleza
del dueño de tal ministro.

VENTURA.

¡Bueno! ¿ejemplicos me alegas?
Pues allá va el mio: escucha.
Una, dama en apariencia,
pasaba por una calle,
hollándola airosa y tiesa
mas que un alcalde de corte.
Enamoróse de verla
un galan, por las espaldas,
porque el talle y gentileza
con que jugaba el chapin,
y tremolaba la seda,
cuando menos, prometian
una española Belerma.

Adelantó gusto y pasos,
y volviendo la cabeza,
vió un angel de Monicongo,
con una cara pantera.
Santiguóse el hombre y dijo:
"¡Jesus! ¡delante tan fiera,
y tan hermosa detras!"
Y respondióle la negra:
"Si parécele misor
espaldas que delantera,
y transera estar hermosa,
bese vuesancé transera."
Enamórate de manos,
antes que tu dama veas,
y podrá ser cuando salga,
que lo mismo te suceda.

DON MELCHOR.

Si vieras tú aquella mano
y aquel talle, no dijeras
blasfemias á su hermosura.

VENTURA.

A tu amor digo blasfemias.

DON MELCHOR.

Ya sale; apártate y mira
la hermosa mano que llega,
á transformar gotas de agua
si no en diamantes, en perlas.

ESCENA IV.

DOÑA MAGDALENA *y* QUIÑONES, *cubiertas con mantos y la primera una mano sin guante, como quien acaba de tomar agua bendita.*—DON MELCHOR. VENTURA.

QUIÑONES.

Estarán á la otra puerta
el escudero y el coche.

DON MELCHOR.

(*Llegándose á doña Magdalena.*)
Despejadle al sol la noche,

dejad su luz descubierta,
pues no es bien cuando despierta
deseos en que me abraso,
señora, que al mismo paso
que la adoro, me atormente,
y á penas goce su oriente,
cuando me aflija su ocaso.
Crepúsculos tiene el dia,
como al nacer, al ponerse,
que ven antes de esconderse,
los que adoran su alegría.
Sol hermoso, mano mia,
si al nacer me os habeis puesto
en el ocaso molesto
que mis esperanzas ciega,
sol pareceis de Noruega,
pues os escondeis tan presto.
Agua traeis: no me espanto,
si amor llamas multiplica;
porque llover pronostica
el sol, cuando abrasa tanto.
Basta que el avaro manto
sirva de nube sagrada
á esa gloria idolatrada:
descubríos, blanca aurora;
que dirán que sois traidora,
pues dais muerte, disfrazada.

DOÑA MAGDALENA.

Caballero, ni el lugar
esas lisonjas abona,
ni la que hablais es persona
que os las tiene de feriar.
Escusaldas de gastar,
ó dad orden de lucirlas
en quien merezca admitirlas,
y procure agradecerlas;
que ni yo sé responderlas,
ni tengo gusto de oirlas.

VENTURA, *á Quiñones.*

¿Tiene vuesa dueñería
la mano, cual su señora,
culta, animada, esplendora,

gaticinante y harpía?
Brillarále la uñería
cuando el caldo escudillice,
ó la loza estropajice,
exhalando cada vez
las aromas que á las diez
vierta, cuando vacinice.
Desescarpine ese pie....
Iba á decir esa mano.

QUIÑONES.

(*Dando una bofetada á Ventura.*)
Jo, majadero.

VENTURA.

¡De llano
bofeton! afrenta fue.

DON MELCHOR, *á doña Magdalena.*

Hoy á esta corte llegué,
creyendo que amanecia;
mas fue tal la suerte mia,
que, cuando mas venturosa,
el sol de esa mano hermosa
me anochece á medio dia.

DOÑA MAGDALENA.

Todo está bien ponderado.
Si á ganar habeis venido
nombre de bien entendido,
ya, hidalgo, le habeis ganado.
Preciaos de considerado,
como de discreto, agora,
y advertid que el sitio y hora
no es acomodado. A Dios.

DON MELCHOR.

Será fuerza el ir tras vos,
si os partís así, señora.

DOÑA MAGDALENA.

Pues serálo, si eso haceis,
que el buen crédito perdais
que cortesano ganais,
y algun daño ocasioneis.

DON MELCHOR.

No intento yo que me deis,
habiéndome acreditado,

nombre de necio y pesado,
sino de restaurador
de una prenda de valor
que os han del cordon cortado.
Mirad lo que os falta de él;
cobraldo, y luego partíos,
puesto que mis desvaríos
os den nombre de crüel.

DOÑA MAGDALENA.

Un bolsillo estaba en él;
pero de poca importancia.

DON MELCHOR.

No tiene el mundo ganancia
con la de este, por ser vuestro.

VENTURA.

(*Aparte á su amo.*)
¡Cuerpo de Dios, que es el nuestro!

DON MELCHOR.

(*Aparte á Ventura.*)
Calla, necio.

VENTURA, *aparte.*

¡Qué ignorancia!

DON MELCHOR.

Un ladron os le ha robado,
y yo os le he restituido:
en hallazgo de él, os pido
que al sol quiteis el nublado.
Vea yo el cielo estrellado
que en ese manto se esconde;
que si al cristal corresponde
de la mano que encubrís,
á ser el fenix venis,
que en Arabia al sol responde.

DOÑA MAGDALENA.

No es ese el que yo traia.

VENTURA.

(*Aparte á don Melchor.*)
Que es el nuestro.

DON MELCHOR.

(*Aparte á Ventura.* ¡Vive el cielo,
si no callas....!) El recelo
turbar al ladron podia.

si por oficio tenia
quitar las prendas que os muestro,
y era en el hurtar tan diestro,
muchas como estas tendrá,
y este bolsillo será
por derecho desde hoy vuestro.
Gozad su restitucion,
si no es que por no pagar
el hallazgo, quereis dar
á mis quejas ocasion.

DOÑA MAGDALENA.

En daño suyo el ladron,
ó liberal ó turbado,
á los dos nos ha engañado;
y si admitirle no quiero,
es porque ese viene entero,
y el que me hurtó va cortado.
La mitad de los cordones

(Muéstrale un pedazo de los cordones con que se cerraba el bolsillo que traia á la cinta.)

me dejó; sacad por vellos
la distincion que hay en ellos,
y no malogreis razones.
Si atrevimientos ladrones
la causa de ese hurto han sido,
y no hay señor conocido,
á la Merced le llevad,
ó si no á la Trinidad,
que recogen lo perdido,
y dejadnos, porque hay ojos
que cuidadosos nos ven,
y no sé que os esté bien,
si dais motivos á enojos.

DON MELCHOR.

Yo de robados despojos
no he de ser depositario.

VENTURA, *aparte.*

¿Hay hombre mas temerario?

DON MELCHOR.

Seldo vos mientras parece
el dueño, si es que merece
tal favor su propietario.

DOÑA MAGDALENA.

Importunidad causada
es la vuestra; porque os vais,
y el paso no me impidais,
he de hacer lo que os agrada.
Dádsele á aquesa criada....

VENTURA, *aparte.*

¡Qué escrupuloso desden!

DOÑA MAGDALENA.

Que en mí no parece bien
ni guardallo, ni admitillo.

VENTURA, *aparte.*

Espiró nuestro bolsillo:
requiescat in pace, amen.

DOÑA MAGDALENA.

Y por si acaso volviere
su dueño por él, podreis
decir si con él os veis,
que aquí mañana me espere.
Dareis pesar al que os viere
seguir donde voy; y así
por me hacer merced á mí,
y por ser tan cortés vos,
mientras me ausento, los dos
no habeis de pasar de aquí.
Esto quiero suplicaros.

DON MELCHOR.

Y yo quiero obedeceros,
sin esperanza de veros,
sin remedio de olvidaros.—
En fin, ¿podré aquí aguardaros,
si traigo el dueño?

DOÑA MAGDALENA.

A las dos
volveré, solo por vos,
que sois galan cortesano.

DON MELCHOR.

Dadme una seña.

DOÑA MAGDALENA.

Esta mano.

(*Quítase de una mano el guante.*)

DON MELCHOR.
¡Ay aurora hermosa!
DOÑA MAGDALENA.
A Dios.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.
Venturilla, mi ventura
encarece: no seas necio,
ni me digas disparates,
que tú vendes por consejos.
Comprar por un poco de oro
los cinco climas del cielo,
la via láctea nevada,
el sol de hermosos reflejos,
¿no es lance digno de estima?
¿no es barato?
VENTURA.
Sí, y por eso
dicen: "lo barato es caro."
Tú encarecerás el sebo
de cabrito antes de mucho,
pues solamente por verlo,
doscientos ducados diste:
cuarenta por cada dedo:
y esto á ver, y no á tocar.
A fé, si viene á saberlo
Martin Danza, que él te hospede
en el nuncio de Toledo.
¿Qué habemos de hacer agora,
sin la mano y sin dineros?
Medio dia era por filo,
y ni hay blanca, ni comemos.
DON MELCHOR.
Impertinente, ¿no sabes
que me está aguardando un suegro

con sesenta mil ducados?

VENTURA.

¿Y si ese se hubiese muerto,
acomodado la novia,
ó le parecieses feo,
y te echase en hora mala,
que es muger, y puede hacerlo?

DON MELCHOR.

¿Feo yo?

VENTURA.

Pues siendo pobre,
¿hay Sacripante, hay Brunelo,
hay tiburon, hay caiman,
mas asqueroso y mas fiero?
¿Hay sátiro como tú
sin blanca?

DON MELCHOR.

Pues segun eso,
para una muger tan rica,
¿podia dejar de serlo
por un bolsillo de escudos?

VENTURA.

No la olieras por lo menos
á pelon, mal contagioso,
que disuelve casamientos.
Cuando huele mal la boca,
alcorzas (1) la dan remedio,
que disimulan olfatos:
y las damas de este tiempo,
que faldriqueras oliscan,
si no exhalan el aliento
dorado, vuelven el rostro,
escupen, y hacen un gesto.
Con estos pocos de escudos
remediaras tus defetos,
como guantes de polvillos,
lo que duran, poco y bueno.
Pero agora, yendo á vistas
sin un real, por Dios, que temo
que al instante que te mire,

(1) Pastillas de olor.

le has de oler á perro muerto.

DON MELCHOR.

¿No tengo el bolsillo yo,
que en ser suyo, es de mas precio
que cuanto el Oriente cria?

VENTURA.

Al que se lleva me atengo.
¿Mas que no tiene seis cuartos?

DON MELCHOR.

Hoy has dado en majadero.

VENTURA.

Si de manos te enamoras,
seré mano de mortero.

DON MELCHOR.

No habia de codiciarle
el ladron, á no estar cierto
de su valor, ni ponerse
en tan evidente riesgo.

VENTURA.

¿Hay mas que abrirle?

DON MELCHOR.

Verásle.

(*Saca un bolsillo lleno.*)

VENTURA.

¡Oh Virgen del Buen Suceso!
dádnosle en esta ocasion,
y otro de cera os ofrezco.

DON MELCHOR.

Mira qué proveido está.

VENTURA.

Déjame tomarle el peso.

DON MELCHOR.

¿Qué te parece?

VENTURA.

Por Dios,
que es en lo pesado un necio.
Alma tiene de arcabuz.
Abrámosle, que recelo
que es barriga de opilada,
y habrá tomado el acero.

(*Saca don Melchor un envoltorio de papel dentro del cual hay una piedra.*)

¿Qué es eso?

DON MELCHOR.

Un papel preñado.

VENTURA.

No será virgen su dueño.
Desenvuélvele.

DON MELCHOR.

¿Quién duda
que alguna joya está dentro?
Esto era lo que pesaba.

VENTURA.

Date prisa ya, sabremos
si es hijo, ó hija.

DON MELCHOR.

Hija fué.

VENTURA.

Y yo los dolores tengo.

DON MELCHOR.

(*Mostrando la piedra.*)
Una piedra es verde oscura,
atada á un liston.

VENTURA.

Enfermo
de piedra estaba el bolsillo,
y tú has sido su potrero.

DON MELCHOR.

Oye: en este papel dice:
"*Esta piedra es por estremo
buena para el mal de hijada.*"

VENTURA.

Désele Dios á su dueño.
¿De la hijada, y no es atun?
Enfermedad es de viejos:
y la tapada será
en la edad censo perpétuo.
De pedradas nos ha dado.
¿Queda mas?

DON MELCHOR.

Sí.

VENTURA.

Saca presto.

DON MELCHOR.

(*Saca lo que dice.*)

Este es un dedal de plata.

VENTURA.

Dédalo fue su embeleco.

DON MELCHOR.

Este es un devanador.

VENTURA.

Los tuyos son devaneos.

DON MELCHOR.

Y es de ébano.

VENTURA.

De Eva, no;
que Eva, en fin, andando en cueros,
no te engañara tapada.
No te deshagas del trueco.

DON MELCHOR.

Tres sortijas de azabache,
y cuatro de vidrio.

VENTURA.

El precio
se llevó, y tú la sortija.

DON MELCHOR.

Reir me haces.

VENTURA.

¿Hay mas de eso?

DON MELCHOR.

No hay otra cosa, Ventura.

VENTURA.

Tan mala se la dé el cielo,
como á los dos nos la ha dado.

DON MELCHOR.

Yo por tan feliz la tengo,
que en estas prendas adoro,
por la mano en que estuvieron.
Que mañana vuelva aquí
me manda, y alegre espero
alguna ventura oculta,
influencia de su cielo.

VENTURA.

¿Y crees tú que volverá?

DON MELCHOR.

Pues ¿hay que dudar en eso,
habiéndolo prometido?

VENTURA.

¿A volverte los doscientos?

DON MELCHOR.

Si yo los admito, sí.

VENTURA.

De azotes se los prometo,
si ella hace tal necedad.

DON MELCHOR.

¡Qué pesado!

VENTURA.

¡Qué ligero!

DON MELCHOR.

Por señas ¿no me mostró
la mano?

VENTURA.

El aruñadero,
dirás mejor, de bolsillos.
Vamos á buscar al viejo,
que ha de ser nuestro socorro.

DON MELCHOR.

Si á ver aquel angel vuelvo,
no sé cómo he de poder
casarme.

VENTURA.

¿Angel, y de negro,
con uñas? llámole diablo.

DON MELCHOR.

Es sol de nubes cubierto.

VENTURA.

Bien dices que es sol... con uñas.

DON MELCHOR.

Vamos; mas oye, qué es eso?

ESCENA VI.

DON LUIS. DON GERÓNIMO.—DON MELCHOR. VENTURA.

DON LUIS.
(*A don Gerónimo.*)
Os digo que es don Melchor.
DON MELCHOR.
¡Oh primo! El primero encuentro
¿es con vos? Dichoso he sido.
DON LUIS.
Dos dias ha que os espero,
pues conforme á vuestra carta,
si salisteis de Leon luego
que se escribió, desde ayer
tardais.
DON MELCHOR.
Atribuid al tiempo,
con tanta lluvia enfadoso,
la culpa, y no á mis deseos,
que ya, amigo don Lüis,
se han cumplido, pues os veo.
DON LUIS.
Hablad á vuestro cuñado,
(mejor diré hermano vuestro)
que como tal os aguarda.
DON GERÓNIMO.
Yo os doy los brazos, contento
de ver cuan bien corresponde
á la fama que tenemos
de vos, vuestra gallardía,
puesto que con sentimiento
de que os hayais apeado,
y no en mi casa.
DON MELCHOR.
Ahora llego,
y la poca certidumbre
que esta confusion tengo
de sus calles y sus casas,

me disculpan.

DON GERÓNIMO.

Yo la aceto
y á ganar voy las albricias
de mi hermana; que no quiero
que improvisas turbaciones
malogren gustos de veros;
que os tiene muy deseado.

DON MELCHOR.

Paga mi fe.

DON GERÓNIMO.

Entreteneos
con don Lüis, entretanto
que aviso á mi padre y vuelvo,
si no es que en su compañía,
por apresurar deseos,
quereis honrar nuestra casa.

DON MELCHOR.

(*A don Luis.*)
Disponeldo al gusto vuestro.

DON LUIS.

Conmigo irá de aquí á un rato.

DON SEBASTIAN.

A Dios, pues. (*Vase.*)

ESCENA VII.

—

DON MELCHOR. DON LUIS. VENTURA.

DON LUIS.

¿Qué traeis de nuevo
que contarme de Leon?

DON MELCHOR.

Nada: todos quedan buenos,
vuestros padres y los mios.
Y á vos ¿cómo os va de pleitos?

DON LUIS.

Salí con mi mayorazgo.

DON MELCHOR.

El parabien os ofrezco.

DON LUIS.

Venturilla, ¿cómo vienes?

VENTURA.

Enfadado de venteros,
trotando por esos llanos,
trepando por esos puertos,
y ofreciendo á Bercebú
á cierta mano de tejo
que hemos engastado en oro.

DON MELCHOR.

(*Aparte á Ventura.*)
¿Quieres callar, majadero?

DON LUIS.

¿Venís muy enamorado?

DON MELCHOR.

No sé lo que os diga en eso.
Lo que sobra por oidas,
y lo que basta hasta verlo.
No sé yo porque al amor
le llaman y pintan ciego,
pues lo que no ve, no estima.

DON LUIS.

¡Ay! ¡qué de mal me habeis hecho!

DON MELCHOR.

¡Yo! ¿Cómo, ó por qué?

DON LUIS.

Mejor
es reprimir pensamientos,
y desahuciar esperanzas
que enemistaran con celos.
Vos sois pobre; vuestra dama
tiene sesenta mil pesos,
que ensayados son escudos,
yo soy rico, y vuestro deudo:
no he de competir con vos.

DON MELCHOR.

Don Lüis, si sois discreto,
¿por qué me hablais con preñeces?

DON LUIS.

Ya no lo son, si lo fueron.
Doña Magdalena hermosa
os espera como á dueño

de su hacienda y libertad,
con amor libre y honesto.
Idolatrara yo en ella,
á no estar vos de por medio,
y pretendiera imposibles,
por vos, que amor crece entre ellos.
Vámosla á ver: no hagais caso
de fábricas que en el viento
desvaneció vuestra vista,
digna de tan noble empleo.
Ella os ama; yo la adoro;
mas sacaréla del pecho,
aunque me cueste la vida,
con la ausencia ó con el tiempo.

DON MELCHOR.

Primo, puesto que á casarme
de Leon á Madrid vengo,
no es de suerte enamorado
del interes que pretendo,
que no sea lince mi honor,
con que velando penetro
dificultades que esconden
vuestros confusos misterios.
Si quereis y sois querido,
proseguid; que yo os prometo
que su oro no sea bastante
á dorar de amor los yerros.
Declaraos, si sois amigo.

DON LUIS.

¿Qué hay que declarar? Yo quiero
á quien por dueño os aguarda;
pero no hagais argumento
de lo que os digo, ni agravio
del mínimo pensamiento
de vuestra dama ó esposa;
porque, por la luz del cielo,
que hasta agora en mí no ha visto
una centella del fuego
que me abrasa; ni en virtud
tiene España tal ejemplo.
Fuíla á ver de vuestra parte,
las vuestras encareciendo:

y amor, que es potencia todo,
rindióse viendo su objeto.
Pero amor en los principios
es niño, y múdase presto.
Yo me ausentaré esta tarde,
por aguardarme en Toledo
amigos y ocupaciones:
asegurad, primo, miedos;
que no es bien perdais por mí
tal belleza y tal provecho.

DON MELCHOR.

No le tengo yo por tal,
si ha de ser en daño vuestro,
ni es mi voluntad tan libre
que no haya los ojos puesto
en prendas merecedoras
de señorear deseos,
que tibios, por no empleados,
sabrán deshacer conciertos.
Ni yo á quien amais he visto,
ni en viéndola me prometo
tanto, que pueda mudar
las memorias que conservo.
¿Qué sé yo si agradaré
á esa dama, que habrá hecho
ausente retratos mios
allá en el entendimiento,
y por no corresponder
el original con ellos,
me aborrezca, pues no iguala
la verdad á los deseos?
Primo, no habeis de ausentaros.

DON LUIS.

Vámosla á ver, que ya es tiempo.
Plegue á Dios que no os agrade.

DON MELCHOR, *aparte.*

¡Ay mano! ¡ay cristal! ¡ay cielo!
Con una mano en los ojos,
¿qué he de ver estando ciego?

VENTURA, *aparte.*

Mano, vive Dios, de Judas,
pues lleva bolsa y dineros. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA VIII.

DOÑA MAGDALENA, *vistiéndose otro trage y* QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.
¡Que don Melchor ha venido!
QUIÑONES.
Si no te engaña tu hermano,
ya llega á darte la mano.
DOÑA MAGDALENA.
Iguálame ese vestido;
que con el otro que dejo,
los pensamientos desnudo
que aquel estranjero pudo
engendrar. Dame ese espejo.
Ponme esa valona bien.
¿Está bueno este cabello?
QUIÑONES.
Tal, que estando amor cabe ello,
rendirá á cuantos le ven.
DOÑA MAGDALENA.
¡Ay, Quiñones, y qué susto
me causa aquesta venida!
Tenia yo divertida
el alma, y no sé si el gusto,
con la memoria apacible,
del forastero galan,
¡y antes de verle me dan
esposo! ¡Caso terrible!
¡Que tenga tanto poder
la obediencia y el honor!
QUIÑONES.
Dilata mas el color
de ese carrillo.

DOÑA MAGDALENA.

Sin ver,
¡he de amar á quien aguardo!
Quiñones, ¿no es caso fiero?

QUIÑONES.

Galan era el forastero.

DOÑA MAGDALENA.

Y sobre galan, gallardo.
¡Ay! ¡quien pudiera compralle,
ya que mis penas escuchas,
una de las partes muchas
que tiene: la gracia, el talle,
con que hacer á don Melchor
como él...! Si no tan perfeto,
tan amante ó tan discreto.

QUIÑONES.

Podrá ser que sea mejor.

DOÑA MAGDALENA.

¿Cómo será eso posible?
¡Tan cortés urbanidad!
¡Tanta liberalidad,
y sazon tan apacible...!—
No era digna de ella yo.
Roguéle no me siguiese,
ni donde vivo supiese;
y obediente, se quedó
inmóvil en aquel puesto:
si, como ya lo advertiste,
entre confiado y triste,
solo á agradarme dispuesto.
Luego.... ¿tú piensas que ignoro
que no fue él el robador
del usurpado favor,
que me restituyó en oro?

QUIÑONES.

Para mí no hay dudar de eso.

DOÑA MAGDALENA.

Pues de tanta eficacia es
conmigo, no el interes,
la accion sí, que te confieso
que hechizo para mí ha sido.

QUIÑONES.

Es grande hechicero el dar:
inmenso y rico es el mar.
y recibe agradecido
el tributo sucesivo
del arroyuelo menor;
que en los estudios de amor
solo hay libros de recibo.
Pero ¿de qué sirve ya
hacer de él memoria en vano,
si para darte la mano,
tu esposo á la puerta está?

DOÑA MAGDALENA.

De que salga regalado
del alma y memoria mia;
que al huesped es cortesía
el despedirle obligado.—
Mas los vecinos de arriba
pienso que me entran á ver.

ESCENA XI.

DOÑA ANGELA. DON SEBASTIAN.—DOÑA MAGDALENA.
QUIÑONES.

DON SEBASTIAN.

La vecindad suele ser
(cuando en la igualdad estriba,
que conserva la amistad,
si es que la vuestra merezco) (1)
un grado de parentesco,
señora, de afinidad.
Hémosla ya profesado
vuestro hermano y yo; y así,
á doña Angela pedí

---

(1) Alguna vez iguala Tellez la pronunciacion de la *z* con la de la *s*. A no saberse que el supuesto Tirso era natural de Madrid, don Vicente Salvá le hubiera dado por andaluz.

que aumentase aqueste grado,
entrándoos á visitar,
y á dárseos por servidora.

DOÑA MAGDALENA.

Casa en que tal dueño mora,
es muy digna de estimar,
y mas el ofrecimiento
con que esta merced me haceis,
cuando en mí, señora, veis
tan corto merecimiento.
Mas con tan noble vecina
seré dichosa desde hoy.

DOÑA ÁNGELA.

Vuestra servidora soy,
y fuera vuestra madrina,
ya que bodas esperais,
si hallara desocupada
aquesta plaza.

DOÑA MAGDALENA.

Obligada,
quiero que merced me hagais;
que hasta aquí no os he servido
para suplicaros eso.—
Que estoy turbada confieso.

DOÑA ÁNGELA.

¿A quién no turba un marido?

DOÑA MAGDALENA.

Y mas quien cual yo le aguarda,
y el talle que tiene ignora.

DON SEBASTIAN.

El honor no se enamora;
que solas las leyes guarda
de la opinion, y hasta en esto
mostrais vuestra discrecion.

DOÑA ÁNGELA.

Por escusar la ocasion
en que ese susto os ha puesto,
el matrimonio rehuso.

DOÑA MAGDALENA.

Crüel es vuestra hermosura.

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus! Delante de un cura,

(por mas que el cielo dispuso
que se desposen así)
y tanta gente, ¿ha de haber
tan atrevida muger,
que le diga á un hombre: *sí?*

DON SEBASTIAN.

Pues ¿qué escrúpulo hay en eso?

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus! Quien hace tal cosa,
ó es muy libre y animosa,
ó no tiene mucho seso.

ESCENA X.

DON ALONSO. DON GERÓNIMO. DON LUIS. DON MELCHOR. VENTURA.—DICHOS.

DON ALONSO.

Atribuye á tu ventura,
como á mi buena eleccion,
hija, el que en esta ocasion
corresponda á tu hermosura
el noble merecimiento
del dueño que te escogí.
Vesle, Magdalena, aquí.
No pudo tu pensamiento,
por mas que encarecedor,
galan te le haya pintado,
ser mas que un tosco traslado
del talle de don Melchor.
Haz cuenta que en él abrazas
de don Juan la imagen propia;
que yo viéndole en su copia,
mientras tú su cuello enlazas,
mostraré mi regocijo, (1)
renovando en esta edad
la juvenil amistad
del noble padre, en su hijo.
No quiero yo mas hacienda,
que la heredada virtud

(1) Verso añadido para completar la redondilla y la frase.

que miro en su juventud.
El padre avariento venda
al oro la libertad
de sus hijas; que el valor
de tu esposo don Melchor,
y la ley de mi amistad,
juzga por mas oportuna
la sangre que la riqueza,
cuanto la naturaleza
se aventaja á la fortuna.
Dale la mano.

(*Hablan aparte doña Magdalena con Quiñones, y don Melchor con Ventura.*)

DOÑA MAGDALENA.

¡Ay Quiñones!
Este ¿no es el forastero,
que fue usurpador primero
de mis imaginaciones?

QUIÑONES.

Sí señora: en la Vitoria
este fue quien la alcanzó
de tí. ¿Qué dicha llegó
á la tuya?

DON MELCHOR.

La memoria
de aquella mano, Ventura,
como quien ve por antojos,
tiene ocupados mis ojos.
Fea muger.

VENTURA.

¿Qué hermosura
se igualara á la presente?
Pero dejando la cara,
en la candidez repara
de aquella mano esplendente,
que es la misma, vive Dios,
que melindrizó el bolsillo.

DON MELCHOR.

Anda, borracho; aun decillo
es blasfemia.

VENTURA.

No estais vos,

señor, con juicio cabal.

DON MELCHOR.

Esta es asco, es un carbon,
es en su comparacion
el yeso junto al cristal. (1)
A sus divinos despojos
no hay igualdad.

VENTURA.

Yo la ví,
cuando me llevó tras sí
con el bolsillo los ojos,
y juro á Dios que es la propia.

DON MELCHOR.

Enviaréte noramala,
si no callas, necio; iguala
la Scitia con la Etïopia. (2)
La mano que á mí me ha muerto,
de una vuelta se adornaba
de red.

VENTURA.

Bolsillos pescaba.

DON MELCHOR.

Y esta trae el puño abierto.

VENTURA.

No estaba el otro cerrado
para agarrar los doscientos.—
Llégala á hablar.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Pensamientos,
¿qué piélago os ha engolfado
de contrarias suspensiones?

DON ALONSO.

Don Melchor, ¿cómo no hablais
á vuestra esposa?

DON MELCHOR.

Agraviais
las cuerdas ponderaciones
que en esta belleza admiro,
si limitais su silencio:

---

(1) (2) Doña Magdalena oye estas espresiones.

callo, adoro, reverencio,
y hablo mas cuanto mas miro.
Perdonad, señora mia,
á la lengua, si á los ojos,
para gozar los despojos
de ese sol que luz me envia,
se pasa; que si es verdad,
que amor al esposo obliga
que lo primero que diga
sea alguna necedad,
yo juzgo por caso recio,
la primer vez que os adoro,
entrar, contra mi decoro,
por los umbrales de necio.

DOÑA MAGDALENA.

Estais tan acreditado
conmigo ya, que si fuera
posible que en vos cupiera
esa ley de desposado,
juzgara por discrecion
cualquier desacierto vuestro.

VENTURA.

Cada cual se dé por diestro:
buena está la introduccion,
y vuesa merced me tenga....
cuando me vaya á caer;
que habemos los dos de ser
un par hasta que otro venga.

DON SEBASTIAN.

Entre tanto parabien,
los de un vecino admitid,
de quien podreis en Madrid
serviros siempre, y tambien
los de mi hermana que agora
añade á su vecindad
nuevos grados de amistad.

DON GERÓNIMO.

Doña Angela, mi señora,
y el señor don Sebastian,
posan los cuartos de arriba,
y en su noble sangre estriba
la voluntad con que os dan

parabienes, que merecen
mucho.

DON MELCHOR.

(*A don Gerónimo.*)

Salid vos por mí
fiador, pagareis así
los favores que me ofrecen;
que como recien venido,
caer en mil faltas temo.

DOÑA ÁNGELA, *aparte.*

El leonés es por estremo,
como no oliera á marido.

DON ALONSO.

Esta noche habeis de ser
mis convidados los dos.

DON SEBASTIAN.

Basta mandárnoslo vos.

VENTURA, *aparte.*

Eso sí; haya que comer.

DON ALONSO.

(*A don Melchor.*)

Ya estais, hijo, en vuestra casa:
desposado saldreis de ella.

DON LUIS.

(*Aparte á don Melchor.*)

¿Haos parecido muy bella
la novia? ¿Mas que os abrasa?
¿Mas que ya habeis olvidado
aquella mano homicida?

DON MELCHOR.

(*Aparte á don Luis.*)

Quien bien ama, tarde olvida:
que estoy mas enamorado
por ella, amigo, os advierto.

DON LUIS.

(*Aparte á don Melchor.*)

¿Pues no es la de vuestra esposa,
para mano, tan airosa,
y tan bella?

DON MELCHOR.

(*Aparte á don Luis.*)

No por cierto.

QUIÑONES.
(*Aparte á su ama.*)
¿Hay suerte como la tuya?
¡Que el primer hombre que quieres
sea tu esposo! ¡Dichosa eres!
DOÑA MAGDALENA.
(*Aparte á la dueña.*)
No sé de eso lo que arguya.
Pensamientos solicitan
guerra, en mi pecho, crüel,
y si unos vuelven por él,
otros le desacreditan.
DON GERÓNIMO, *aparte.*
Temo que nuestra vecina,
segun lo que en mi alma pasa,
por dueño se quede en casa.
DON LUIS, *aparte.*
¡Ay Magdalena divina!
Ya te lloro enagenada.
QUIÑONES.
¿Cómo te llamas?
VENTURA.
Ventura.
QUIÑONES.
Buen nombre y mala figura.
VENTURA.
Soilo, mas no descartada.
DON SEBASTIAN.
(*Aparte á su hermana.*)
¿Qué, hermana, te ha parecido
del leonés forastero?
DOÑA ÁNGELA.
(*Aparte á don Sebastian.*)
Gallardo para soltero,
pesado para marido.
DON MELCHOR, *aparte.*
¡Ay, mano hermosa, cumplid
palabras y juramentos!
VENTURA, *aparte.*
¡Ay mis escudos doscientos!
espirásteis en Madrid.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA MAGDALENA, *de luto bizarro.* QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.
¿Qué haces con encarecer
la dicha que he conseguido
en que esposa venga á ser
del primero que he querido,
y que llegue á merecer
las partes que en don Melchor
rindieron mi voluntad:
su gentileza, valor,
talle, liberalidad,
discrecion, gracia y amor?
Pues todas esas, Quiñones,
si fueron ponderaciones
primero de mi aficion,
ya de mis recelos son
sospechosas ocasiones.

QUIÑONES.
No me espanto: todo aquello
que está en ageno poder,
tiene el gusto por mas bello,
y el valor suele perder,
en llegando á poseello.
Juzgaste ayer á tu esposo
por prenda agena; y así
te pareció mas hermoso:
viene á ser tu dueño aquí,
y júzgasle ya enfadoso.
Efímera es tu aficion,
toda ayer ponderacion,
y hoy desden toda y mudanza:

¿quién vió morir la esperanza
antes de la posesion?
¿Es posible que tan presto
aborreces lo que amabas?
No en balde luto te has puesto
por los deseos que acabas
de enterrar.

DOÑA MAGDALENA.

No estás en esto
de amar, Quiñones, tan diestra,
que los peligros rehuses
que el yugo conyugal muestra;
y así no es mucho que acuses
mi amor, si no eres maestra.
De suerte á don Melchor quiero
despues que á esta casa vino,
que si me agradó primero,
mi amor es ya desatino;
pues sin él, morir espero.
Mas, ¿con qué seguridad
rendiré mi voluntad
á quien, con tan fácil fe,
la primer muger que ve
triunfa de su voluntad?
Hombre que á darme la mano
viene aquí desde Leon,
y es tan mudable y liviano,
que á la primera ocasion,
liberal y cortesano,
á un manto rinde despojos,
y á una mano el alma ofrece,
¿no quieres que me dé enojos?
Quien así se desvanece,
y sin penetrar sus ojos
lo que, por no ver, ignora,
se suspende y enamora,
exagera, sutiliza,
y palabras autoriza,
pues con escudos las dora,
¿qué satisfaccion dará
á quien por dueño le espera?
¿ó quién me asegurará

de voluntad tan ligera,
que, desposado, no hará
lo mismo con cuántas mire,
y yo con él mal casada,
quejas al alma retire,
llore mi hacienda gastada,
y sus mudanzas suspire?

QUIÑONES.

Pues siendo tú quien despierta
su voluntad, y encubierta
diste causa á sus desvelos,
¿de quién puedes formar celos?

DOÑA MAGDALENA.

De mí misma. Y está cierta
que si le amé forastero,
doméstico y dueño ya,
dudo, al paso que le quiero.

QUIÑONES.

Pues bien, ¿qué remedio da
tu amor?

DOÑA MAGDALENA.

Cumplir lo primero
mi palabra en la Vitoria,
y ver si en ella me aguarda.

QUIÑONES.

No tendrá de tí memoria;
que tu presencia gallarda,
siendo á sus ojos notoria,
borrará la primer copia
que vió tapada é impropia,
pues se enamoró en bosquejo,
y mudando de consejo,
te olvidará por tí propia.

DOÑA MAGDALENA.

Eso, pues, quiero probar.

QUIÑONES.

Pues ¿para qué te vestiste
de luto?

DOÑA MAGDALENA.

Para mostrar,
en señal de que estoy triste,
la color de mi pesar.—

Todos estos son ardides
de mi amor.

QUIÑONES.

¿No puedo yo
saberlos?

DOÑA MAGDALENA.

Si los impides,
dándome consejos, no;
mas sí, si á mi amor te mides.

QUIÑONES.

¿Pues agora dudas de eso?

DOÑA MAGDALENA.

Que estoy loca, te confieso.
Pongan el coche.

QUIÑONES.

Ya está
á la puerta.

DOÑA MAGDALENA.

Importará
para el fin de este suceso,
ya que en este tema doy,
que á casa de doña Juana,
á quien el pésame voy
á dar de su muerta hermana,
miéntras que con ella estoy,
hagas llevarme una silla
y un escudero alquilados.

QUIÑONES.

Hartos hay en esta villa.

DOÑA MAGDALENA.

Despues sabrás mis cuidados.

QUIÑONES.

Y agora ¿no?

DOÑA MAGDALENA.

Maravilla
fuera, siendo tú muger,
no morirte por saber.—
Amor, que en todo es astuto,
me ha vestido de este luto,
porque si me llega á ver
hablando con don Melchor
mi hermano ó padre, no entienda

por el vestido mi amor
secreto, y con él se ofenda.

QUIÑONES.

¡Lo que previene el temor!

DOÑA MAGDALENA.

Por lo mismo iré tambien
en silla desconocida.

QUIÑONES.

Todo lo dispones bien.

DOÑA MAGDALENA.

Ténmela allí apercebida,
y tus albricias preven,
si don Melchor no me espera
donde ayer me prometió.

QUIÑONES.

Dios lo haga de esa manera.

DOÑA MAGDALENA.

No soy tan dichosa yo.

QUIÑONES.

Tú has dado en gentil quimera. (*Vanse.*)

Lonja del convento de la Victoria.

ESCENA II.

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

¿Es posible que haya amor,
que la hermosura divina
de tal dama menosprecie
por una muger enigma,
por una mano aruñante,
que con blancura postiza,
á pura muda y salvado,
sus mudanzas pronostica?
¿Sin haberla visto un ojo,

sin saber si es vieja ó niña,
nari-judaizante ó chata,
desdentada ó boquichica?
¡Que en cáscara te enamores!
¡Que bien del espejo digas,
sin ver no mas que la tapa!
¡De una dama en alcancía! (1)
¡de la tumba por el paño!
¡de la toca por la lista!
¡del pastel por el ojaldre!
¡de la sota por la pinta!
¡de la espada por la vaina!

DON MELCHOR.

Ea, ensarta boberías,
eslabona disparates,
y frialdades bufoniza;
que yo he de esperarla aquí.

VENTURA.

Y de veras, ¿imaginas
que ha de tornar la bolsera?

DON MELCHOR.

Tú verás presto cumplida
la palabra que me dió.

VENTURA.

Como oliscara la ninfa
otro bolsillo preñado
de doradas gollorías,
sí hiciera....— ¡Que no te agrada
doña Magdalena!

DON MELCHOR.

Es.... fria.
No me la nombres, Ventura,
que tengo el alma rendida
á la gallarda encubierta;
y si á la mano divina
la hermosura corresponde
del rostro, como adivina
el alma que nunca miente,

---

(1) En hucha, metida dentro de una vasija, de un bote.

mi dichosa suerte estima.

VENTURA.

Y si fuese, como creo,
en lugar de Raquel, Lia,
con el un ojo estrellado,
y con el otro en tortilla,
los labios de azul turquí,
cubriendo dientes de alquimia,
jalbegado el frontispicio
á fuer de pastelería,
y como universidad
rotuladas las mejillas,
¿qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Cuándo eso fuese,
(que supongo que es mentira)
volveréme á Magdalena,
que si no es hermosa, es rica.

VENTURA.

No es tan rica como hermosa.
Mas asentemos que imita
en belleza al sol de enero
la buscona que te hechiza.
¿Si es pobre...?

DON MELCHOR.

Eso nó lo creas.

VENTURA.

¿Y si lo fuese por dicha?

DON MELCHOR.

Llevarémela á Leon,
y con ella en quieta vida,
al yugo de amor atado,
daré dueño á mi familia,
señora á mi herencia corta,
y á mi padre nuera y hija.

VENTURA.

¡Buena vejez le acomodas!
Mas si no fuese tan limpia
como tu sangre merece,
envidiada por antigua,
ó ya que fuese tan noble
como el arbol de Garnica,

si es doncella despalmada,
como nave que inverniza,
¿qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Tendrán respuesta
todas tus bachillerías
en viéndola.

VENTURA.

¿Cómo sabes
que es su cara á letra vista?
Plegue á Dios que nunca vuelva,
y si vuelve y es pandilla, (1)
que la tripules, y te abra
los ojos Santa Lucía.
Mas don Lüis sale aquí
con una enlutada ó viuda, (2)
tapada como la nuestra.

DON MELCHOR.

Donde hay cebo, todos pican.

ESCENA III.

DOÑA MAGDALENA. DON LUIS.—DON MELCHOR. VENTURA.

DON LUIS.

¡Mal haya quien inventó
los mantos, señora mia,
que en España solamente
de tantos gustos nos privan!
Tal presencia ¡viene sola,
baldada de madre ó tia!
Por Dios, hermosa enlutada,
que lo he tenido por dicha.
Enseñadme solo un ojo,
y jugaré con su niña,

(1) Muger tramoyera, ó tambien maula, tramoya.
(2) No es asonante propio de este romance.

que á la puerta de la iglesia,
bien es que limosna os pida.

DOÑA MAGDALENA.

Dios me dé, señor, que daros.
A aquel hidalgo querria
hablar.

DON LUIS.

¿A cual?

DOÑA MAGDALENA.

Al que está
al lado de aquella pila.

DON LUIS.

Ese es mi amigo y pariente.

DOÑA MAGDALENA.

Si lo es vuestra cortesía
de la que en él reconozco,
dadme lugar que le diga
cuatro palabras no mas.

DON LUIS.

Si sois la que él imagina,
y sus bodas desazona,
pedidme, señora, albricias.

DOÑA MAGDALENA.

Pídoos, pues, que despejeis
este lugar.

DON LUIS.

(*Llegando á don Melchor.*)
Si peligra,
cual dicen, el que anda entre
la cruz y el agua bendita,
primo, entre una y otra estais.
Aquella dama que os mira,
os quiere hablar: id con tiento,
que debe ser homicida,
pues en fe de lo que mata,
huyendo de la justicia,
anda á sombra de tejados,
si el manto los significa.

DON MELCHOR.

¿Que me quiere hablar, decis?

DON LUIS.

Esto me manda que os diga.

DON MELCHOR.

¡Ay, Ventura, que es mi dama!

VENTURA.

Viene de *requiem* vestida.
Otra ganga debe ser;
que hay en Madrid infinitas,
y huelen un forastero
de una legua.

DON MELCHOR.

Esta es la misma
que ví ayer; su talle y cuerpo
me la retratan y pintan.
Primo, á Dios.

DON LUIS.

(*Volviendo á doña Magdalena.*)
Ya llega á veros:
sed con él agradecida;
hechizádmele, señora;
que me va el alma y la vida
en que aborrezca una prenda
que mis gustos tiraniza. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MAGDALENA. DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.

¿Soy yo, señora, el llamado?

VENTURA.

¿Sois vos, decid, la escogida?

DON MELCHOR.

Ventura, apártate allá.

VENTURA.

Sé sumiller de cortina,
descubre aquesa apariencia;
tocarán las chirimias;
que en las tramoyas pareces
poeta de Andalucia.

DOÑA MAGDALENA.

(*Á don Melchor.*)

¿Conoceis aquesta mano?

DON MELCHOR.

¡Ay aurora, ay sol, ay dia!

VENTURA, *aparte.*

El cantar del *ay*, *ay*, *ay*
se nos ha vuelto á Castilla.

DOÑA MAGDALENA.

Vengo á cumplir mi palabra.

DON MELCHOR.

Si fuésedes tan cumplida
en favores, como en ellas,
viera yo el sol que me eclipsa
la nube de aquese manto.

DOÑA MAGDALENA.

Tambien á venir me obliga
la hacienda, que usurpo, agena,
pues es justo restituirla.

DON MELCHOR.

Si lo decís por un alma,
que desde ayer fugitiva,
en su casa la echan menos,
yo la doy por bien perdida.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es vuestra?

DON MELCHOR.

Sí, mi señora.

DOÑA MAGDALENA.

¡Qué traviesa es! ¡qué atrevida!
No me ha dejado dormir
toda esta noche; rejistra
curiosa cuantas potencias
pensamientos ejercitan;
y siendo huéspeda, se hace
mandona en mi casa misma.
Prométoos que á no venir
esta mañana una amiga
por ella, que es su señora,
me diera muy triste vida.

DON MELCHOR.

¡Señora suya, y no vos!

¿Quién os dijo tal mentira?
DOÑA MAGDALENA.
Una doña Magdalena,
noble, cuerda, hermosa y rica.
Tenedme por tan curiosa,
desde ayer á medio dia,
que hice en vuestra informacion
diligencias esquisitas.
Sé que venís á casaros
con el fenix de las Indias,
que vuestro amor pesa á pesos,
y en vos esperanzas libra.
Sé que os llamais don Melchor,
que os ilustra sangre limpia,
que sois pobre y caballero,
y que hoy han de estar escritas
vuestras bodas y conciertos:
mirad cuán necia es quien fia
en palabras forasteras,
falsas, si ponderativas.
Si como os mostré una mano
ayer, menos advertida,
os permitiera cebar
en mi rostro vuestra vista,
¡qué burlada que quedara,
siendo despues conocida,
y ocasionando en mi ofensa
pesados motes y risas!
Bien haya quien hizo mantos.
DON MELCHOR.
Mal haya quien no se olvida,
por la sal de aquesa lengua,
de cuantas bellezas mira.
Verdadera informacion
habeis hecho, y tan cumplida
como la fe con que os amo;
mas creed, tapada mia,
que obligado á diligencias
tan amorosas y dignas
de la eterna estimacion,
si como el alma imagina,
sois hermosa (que sí sois,

pues por mas que el manto impida
milagros que reverencio,
es mi amor lince en la vista)
ni el oro, ni la belleza,
ni imposibles de la envidia,
tienen de ser poderosos
á que no os adore y sirva.
A vuestra competidora
vi ayer, (vuestro amor permita
que aqueste nombre la dé,
y si no el de mi enemiga)
y pudo tanto el cristal
de aquesa mano divina,
que elevado en su memoria,
me pareció.... No es bien diga
de muger, y mas ausente,
faltas que la cortesía
de que siempre me he preciado,
con razon desautorizan.
Parecióme, en fin, ni hermosa,
ni digna de que compita
con vos, ni mi amor querrá
que la libertad la rinda.
Esta es vuestra, y es razon
que conozca la cautiva
la cara de su señora.
Mi amor aquesto os suplica.
Baste ya tanto recato.

DOÑA MAGDALENA.

Casi estaba persuadida
á agradaros.... Pero no,
que vuestro deseo me pinta
mas bella de lo que soy,
y temo perder la estima
en que estoy, imaginada,
cuando no la iguale, vista.
Aunque no quiero tampoco
desacreditar la dicha
que en vuestro amor intereso,
si por no verme se entibia.
Yo os juro á fe de quien soy,
si es lícito que se siga

la pública voz y fama
que tengo en aquesta villa,
que no es doña Magdalena
ni mas bella, ni mas rica,
ni mas moza, ni mas sábia,
ni mas noble, ni mas digna
de serviros y estimaros,
que yo; y aunque coronista
de mis mismas alabanzas,
en competencias se admitan,
si no creeis estas verdades.

DON MELCHOR.

Por la luz pura y divina
que amante adoro y no veo,
que os juzgo por maravilla
de la belleza, y que os hace
la comparacion traida
agravio en mi estimacion,
como la noche hace al dia.

DOÑA MAGDALENA.

Haced una cosa pues:
los conciertos se despidan
de esa doña Magdalena
que mi quietud martiriza.
No vivais mas en su casa,
y llevándoos yo á la mia,
averiguareis verdades
que el temor desacredita.

DON MELCHOR.

Que me place dos mil veces.
Y porque vais persuadida
del poco amor que la tengo,
sabed que aquel que venia
con vos, y de vuestra parte
me llamó, es mi sangre misma,
y la que aborrezco adora.

DOÑA MAGDALENA.

Ya lo sé.

DON MELCHOR.

Haré que la pida
á su padre, y yo cediendo
la accion que tengo á su dicha,

serviré de intercesor,
sin dudar que la consigan
tres mil ducados de renta
que á don Lüis acreditan,
y el ser su deudo tambien.

ESCENA V.

—

SANTILLANA.—DOÑA MAGDALENA. DON MELCHOR.
VENTURA.

SANTILLANA.
(*A doña Magdalena.*)
Acabado se han las misas,
y ya la iglesia está sola.

DOÑA MAGDALENA.
No traigo yo tanta prisa.
Aguardaos un poco allá.

SANTILLANA, *aparte.*
¡Qué señora tan prolija!

VENTURA.
(*Habla aparte con Santillana.*)
¡Ah señor Nuño Salido!
vuesa ancianidad se sirva
de escucharme mil palabras.

SANTILLANA.
¿Es vuesancé taravilla?

VENTURA.
¿Cómo ha nombre?

SANTILLANA.
Santillana.

VENTURA.
¿Y el que sacó de la pila?

SANTILLANA.
Ese es Suero.

VENTURA.
Sorberánle
éticos, que el suero alivia.
¿Cuánto há que sirve á esta dama?

SANTILLANA.

Dos horas, aun no cumplidas,
há que me alquiló una dueña
por coadjutor de una silla.

VENTURA.

Luego ¿no sabe quien es?

SANTILLANA.

No señor.

VENTURA.

¿A mí pandillas?
So pena de la racion
le mandan que no lo diga;
pero aquí está un real de á cuatro,
que secretos desvalija,
de arrugados entrecejos:
diga quien es, si le brindan.

SANTILLANA.

(*Aparte.* Estafar á un page de estos
es hazaña peregrina.
Los cuatro reales me tocan.
De esta vez le doy papilla.)
Mucho puede el hipocrás
que cierta despensa cria,
á que los cuatro condeno,
aunque mas mi ama me riña.

(Va á coger la moneda que Ventura le ha mostrado.)

VENTURA.

No: tengamos y tengamos,
que temo alguna engañifa.

SANTILLANA.

Soy contento. Esta señora,
por este hidalgo perdida,
viene á hablarle á lo cubierto,
sin mas gente y compañía,
que la que en mis años ve.

VENTURA.

Mas trae que doce tias.

SANTILLANA.

Y es.... No ha de decirlo á nadie,
si no es que le pida albricias
de su ventura á su dueño.

VENTURA.

Pierda cuidado y prosiga.

SANTILLANA.

Es la condesa....

VENTURA.

¿Condesa?

SANTILLANA.

De Chirinola.

VENTURA.

En la China
estará el Chiri-condado.

SANTILLANA.

No señor, que es la provincia
de Nápoles.

VENTURA.

¡Chirinola!
Llamaráse Chirimía
la condesa. ¿Y dónde vive?

SANTILLANA.

Vive en la calle de Silva,
en una casa de rejas
azules, con celosías.

DOÑA MAGDALENA.

(*A don Melchor.*)
El luto que pena os dá,
de un pobre viejo me libra,
que ayer supe que murió;
y antes de aguardar visitas
y pésames, vine á veros
con un escudero y silla,
que escusan coche y criados.

SANTILLANA.

(*A Ventura.*)
¿Falta mas?

VENTURA.

Sí.

SANTILLANA.

Pues, aprisa.

VENTURA.

¿Es casada esta condesa?

SANTILLANA.

Ya dicen que se le endilga,

hablando á lo labrador.

DON MELCHOR.

En fin, ¿mi amor no os obliga
á que lo que por fe adoro,
vea?

DOÑA MAGDALENA.

Soy agradecida,
y quiero de vos saber
si soy, como otros afirman,
mas que doña Magdalena
hermosa. Aplicad la vista
á este ojo, fiador de estotro.
(*Descubre el un ojo.*)

DON MELCHOR.

Decid nueva maravilla
del cielo, decid que es sol
con rayos que vivifican
el alma, en su ausencia muerta.—
¡Ah Ventura, Venturilla!

VENTURA.

(*A su amo.*) Señor. (*A Santillana.*) A Dios, escudante,
que yo pagaré esta dita. (1)
(*Guárdase la moneda.*)

SANTILLANA, *aparte.*

¡Mal hubiese el escudero
que de pajancos se fia!

VENTURA.

¿Qué manda vuesa merced?

DON MELCHOR.

Mira la belleza en cifra
del cielo de este lucero,
porque despues no me digas
que es mi repudiada esposa
mas hermosa, ni mas digna
del empleo de mi amor.

VENTURA.

Mata, rinde, esplende, brilla,
hermoso rasgon de gloria,
luminosa saetía
para las flechas de amor.

---

(1) Libranza ó fianza.

(*A su amo.*)
Sé culto aquí, critiquiza.

DON MELCHOR.

Mostradme su compañero.

DOÑA MAGDALENA.

Que me place.
(*Muéstrale el otro ojo, tapada.*)

VENTURA.

¿Son reliquias
de una en una?

DON MELCHOR.

¡Hay tal belleza!

VENTURA.

Ya, ojos, pierdo la ojeriza
con que el bolso nos aojastes.
Ojála ese ojal de vista
el dios sin ojos ni ojetes,
pues es hojuela en almivar.
Ojo á la margen, señor.

DOÑA MAGDALENA.

¿Paréceos que con justicia
podrán competir mis ojos
con los que amor autoriza
en vuestra dama?

DON MELCHOR.

¡Jesus!
no os injurieis á vos misma
con esa comparacion;
que aquellos son....

VENTURA.

Porqueria.

DOÑA MAGDALENA.

Esa sentencia pretendo
pagaros reconocida
con esta firmeza.

VENTURA.

Vaya.

DOÑA MAGDALENA.

Y á vos con esta sortija.

VENTURA.

¡Oh mano, mas celebrada...!
(Iba á decir que una misa

nueva y de aldea; mas no,
que es descompuesta osadía.)
Mano, si en bolsillos fiera,
en sortijas franca y linda,
mano ginovesa ó fucar,
mano de papel batida,
mano de reloj de Flandes,
de cabrito ó de cabrita,
de almirez que hace almendrada,
y de misal manecilla;
esta es mano, y no la otra,
flemática, floja y fria,
frágil, follona, fullera,
fiera, fregona, y francisca.
¡Oh mano, en fin, de condesa
chirinola, ó chilindrina!
pues si acierta el escudero,
es mano de señoría.

SANTILLANA.

¿Quereis callar?

DON MELCHOR.

¿Cómo es eso?

VENTURA.

No hay verdad que oculta viva.
Condesa de Chirinola
sois: esta vejez lo afirma.

DON MELCHOR.

¿Condesa, mi bien?

DOÑA MAGDALENA.

Creed,
aunque al parlero despida,
lo que os esté bien en eso.

SANTILLANA, *aparte.*

Apoyóse mi mentira.

DOÑA MAGDALENA.

Y en vuestra fé confiada,
á Dios.

DON MELCHOR.

Vereisla cumplida
antes que amanezca. A Dios.

VENTURA.

¡Oh mano que mana minas! (*Vanse.*)

Sala en casa de don Sebastian.

ESCENA V.

DOÑA ÁNGELA. DON SEBASTIAN.

DON SEBASTIAN.
¿Cómo podré yo estorbar
que este don Melchor se case
y de celos no me abrase?

DOÑA ÁNGELA.
Hoy se tienen de firmar
las escrituras; mañana,
que es fiesta, su amor espera
la amonestacion primera.

DON SEBASTIAN.
Y en ella mi muerte, hermana.
¡Nunca él hubiera venido
á Madrid!

DOÑA ÁNGELA.
¡Pluguiera á Dios,
si se han de casar los dos!

DON SEBASTIAN.
Ya tu amor he conocido.
Bien le quieres.

DOÑA ÁNGELA.
Es verdad.

DON SEBASTIAN.
Hasta en eso me pareces.—
Mas que á don Melchor mereces
por tu sangre y tu beldad.—
Mas, en fin, los dos se casan,
y los dos de pena y celos
perecemos.

DOÑA ÁNGELA.
Mis desvelos
del justo límite pasan

que el amor de solo un dia
permite.

DON SEBASTIAN.

Darle he la muerte.

DOÑA ÁNGELA.

Medio es el que escoges fuerte,
y contra la eleccion mia,
que haciéndola en don Melchor,
se juzga bien empleada.

DON SEBASTIAN.

Muriendo él, aunque te agrada,
tambien morirá tu amor.
Pero hagamos una cosa.
Esta boda alborotemos.

DOÑA ÁNGELA.

¿De qué manera podremos?

DON SEBASTIAN.

Diré que me dió de esposa
el sí doña Magdalena.

DOÑA ÁNGELA.

¿Dónde hallarás los testigos?

DON SEBASTIAN.

Criados tengo y amigos.

DOÑA ÁNGELA.

Para dilatalla es buena;
mas no para disuadilla.

DON SEBASTIAN.

Como agora se suspenda,
mi calidad y mi hacienda
bastarán á persuadilla.
Viejo es su padre: ¿quién duda
que su edad será avarienta?
Seis mil ducados de renta,
(si el oro todo lo muda)
y el hábito que ya espero,
¿qué cosa no alcanzarán?

DOÑA ÁNGELA.

Don Melchór es muy galan.

DON SEBASTIAN.

Pero mas lo es el dinero.
Hasta intentallo, ¿qué importa?

DOÑA ÁNGELA.

Nada; mas de esto te advierto,
que si el desposorio es cierto,
por ser mi ventura corta,
no he de estar mas un instante
en esta casa.

DON SEBASTIAN.

Yo voy,
pues los conciertos son hoy,
á negociar lo importante
para impedillos.

DOÑA ÁNGELA.

Ardid
es provechoso, como halles
testigos.

DON SEBASTIAN.

Tiene en sus calles
todos los vicios Madrid.
Haz cuenta que es una tienda
de toda mercaderia.
Siendo así, ¡bueno seria
que aquí el interés no venda
testigos falsos!

DOÑA ÁNGELA.

Allana (1)
con ellos cuanto dinero
tengo.

DON SEBASTIAN.

Mas barato espero
negociar. A Dios hermana. (*Vase.*)

ESCENA VI.

VENTURA.—DOÑA ÁNGELA.

VENTURA.

Buscaba á señor el viejo,

(1) Emplea, gasta, usa.

y pensé que estaba aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Aguardaos: no os vais así.

VENTURA.

Voime, porque á mi amo dejo
esperándome.

DOÑA ÁNGELA.

Escuchad.

VENTURA.

¿Qué manda vuestra hermosura?

DOÑA ÁNGELA.

¿Cómo os llamais?

VENTURA.

Yo, Ventura.

DOÑA ÁNGELA.

Buen nombre.

VENTURA.

Es de calidad,
que soy muy cálido y franco;
pero aunque el nombre me alegra,
es por ser mi dicha negra,
llamar al negro, Juan Blanco.

DOÑA ÁNGELA.

¿No venistes vos anoche
de Leon?

VENTURA.

Vine.

DOÑA ÁNGELA.

Un secreto
me guardad, si sois discreto.

VENTURA.

Mejor lo guardo que un coche.

DOÑA ÁNGELA.

Esta sortija os obligue.

VENTURA.

¡Oh mano, tambien perfeta!
(*Aparte.* ¿Qué lapidario planeta
mi dicha ensortija y sigue?)
Fuera Alejandro discreto,
si cuando á la obligacion
de su amigo Efestïon
puso el anillo en secreto,

la mano en lugar del labio,
le honrara, pues le selló;
que pues que no se le dió,
ni fué liberal, ni sabio.
Mas yo que con él me quedo,
mejor le sabré guardar,
pues para poder callar,
me pondré en la boca el dedo:
digo, el de este anillo, freno
que mudo á la lengua doy.

DOÑA ÁNGELA.

¿Sabes, Ventura, quien soy?

VENTURA.

Sois cielo de amor sereno.

DOÑA ÁNGELA.

¿Podria yo competir,
en materia de querer,
con quien esposa ha de ser
de don Melchor?

VENTURA.

Y salir
triunfante del mejor rayo
con que el sol alumbra el mapa,
pues sin haber sido Papa,
me haceis de anillo lacayo.

DOÑA ÁNGELA.

¿Tiene doña Magdalena
muy tierno á vuestro señor?

VENTURA.

Mas lejos está su amor,
que París de Cartagena.

DOÑA ÁNGELA.

¿Que no la tiene aficion?
Y es de su venida el norte.

VENTURA.

Como á un alguacil de corte
que entra á hacer la ejecucion.
Mas faltas en ella nota,
que en una muger preñada,
que en una mula fiada,
y un juego, en fin, de pelota.
No se casará con ella,

aunque le hagan gran Sofí.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿para qué vino aquí?

VENTURA.

Cierta señoría bella
(ya que todo lo desbucho)
aquestas bodas enfria.

DOÑA ÁNGELA.

¿Señora?

VENTURA.

Y de señoría.

DOÑA ÁNGELA.

¿Y se quieren mucho?

VENTURA.

Mucho.

DOÑA ÁNGELA.

¿Quién es ella?

VENTURA.

Una condesa
de medio ojo y una mano,
que el reino napolitano
le dió la pinta y la presa,
y ella á mí me dió el anillo
que veis.

DOÑA ÁNGELA.

¿Y cómo se llama?

VENTURA.

Digo yo que es nuestra dama
la condesa del bolsillo.

DOÑA ÁNGELA.

¿Adónde cae ese estado?

VENTURA.

Si no perdí la memoria,
cae dentro de la Vitoria;
que es condesa de pescado.

DOÑA ÁNGELA.

Hablad de veras.

VENTURA.

Por Dios,
que le ha enamorado allí
el mejor ojo que ví,
(no os haciendo agravio á vos)

y la mano mas brillosa,
que el jabon de Chipre honró.
Hoy la palabra nos dió
de que ha de ser nuestra esposa,
como á estotra Magdalena
olvide, y deje su casa.
Esto es todo lo que pasa;
mas no os dé, señora, pena;
que en sabiendo vuestro amor
mudará de parecer,
porque solo dejó ver
la condesa á don Melchor
un par de ojos, y una mano.
Mostralde vos la nariz,
con el rosado matiz
de ese rostro soberano,
el hocico y dentadura,
cocándole con el dote;
que á Magdalena y su bote
olvidará; y por Ventura,
(digo por mí) á la condesa;
pues si aquí con vos se casa,
todo en fin se cae en casa.
(*Aparte.* De lo parlado me pesa;
mas este anillo me quita
el frenillo del secreto;
que es como salvia en efeto,
que la lengua facilita.) (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA.

No he menester yo mas de esto
para hacer que se dilate
esta boda: mi amor trate
nuevos pleitos, y sea presto;
que aunque mas celosa estoy
de la condesa que escucho,

la dilacion puede mucho.
A buscar mi hermano voy. (*Vase.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA VIII.

DOÑA MAGDALENA, *con otro vestido.* QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.
Esto pasa: yo, Quiñones,
soy amada aborrecida,
desdeñada y pretendida:
¡mira mis contradicciones!
Cubierta, doy ocasiones
á su pasion amorosa;
vista, soy fea y odiosa;
enamoro y desobligo;
y compitiendo conmigo,
de mí misma estoy celosa.
Esta mano causa enojos
que esta misma mano enciende;
déjame, quien me pretende,
por unos mismos despojos.
Mal ha dicho de estos ojos,
cuando los llama mas bellos;
huye lo que busca en ellos;
y puede la aprension tanto,
que es bastante solo un manto
á amallos y á aborrecellos.
Por desposarse conmigo,
de mí misma se descasa;
y por pasarse á mi casa,
deja mi casa, enemigo.
Yo que como sombra sigo
sus pasos, pues lo parezco,

lo que gano, desmerezco;
lo que me da gusto, lloro;
porque me adora, le adoro;
y porque no, le aborrezco.
¿Has oido tú jamás
caso como este en tu vida?

QUIÑONES.

Cosa es ni vista, ni oida;
pero tú la ocasion das.
Envidiosa de tí estás,
y niegas lo mismo que eres;
por tí que te olvide quieres;
y sin darte á conocer,
siendo sola una muger,
te partes en dos mugeres.
Dasle joyas, y conjuras
su amor, que no te dará
la mano, ni vivirá
donde hospedallo procuras:
que rasgue las escrituras
le pides, y niegue el sí
que anoche concertar ví;
y pues de tí misma agora
vencida, eres vencedora,
véngate por tí de tí.

DOÑA MAGDALENA.

Mira: el verle tan constante
en amarme, me enloquece,
y en cuanto á esta parte, crece
mi fé, á su amor semejante.
Segun esto, no te espante
que me obligue la fortuna
á ser conmigo importuna,
y quiera ser sola amada;
pues soy dos imaginada,
aunque en la verdad soy una.
Solo en la imaginacion
vive amor; y siendo en ella
dos, una fea, otra bella,
tengo celos con razon,
en cuanto doy ocasion
á que se case conmigo.

Si soy dos, ya desobligo
á la que desprecia y deja,
y si no, ya forma queja
la que es de su amor testigo.
Como corren por mi cuenta
una y otra, he de acudir
á entrambas hasta morir,
á un tiempo triste y contenta.
Premiaréle porque intenta
pagar firme mi esperanza,
y entonces daré venganza
á su injurioso rigor,
porque el desden y el favor
paguen firmeza y mudanza.
Yo le querré eternamente,
y eternamente tambien
se vengará mi desden
de lo que en el suyo siente.

QUIÑONES.

De tí misma diferente,
teges contrarios desvelos.

DOÑA MAGDALENA.

Solo es poderoso, cielos,
en tan proceloso abismo,
partir un corazon mismo
el cuchillo de los celos.

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA. DON SEBASTIAN. DON GERÓNIMO. DON ALONSO.—DOÑA MAGDALENA. QUIÑONES.

DOÑA ÁNGELA.

Su criado lo confiesa,
y otros afirman lo mismo,
que le han contado los pasos.

DON SEBASTIAN.

A mí algunos me lo han dicho,
y no lo quise creer,

hasta que siendo testigo,
por mis ojos lo que pasa
en agravio vuestro he visto.
Palabra se han dado ya,
(sospecho que por escrito)
y se hubieran desposado,
á no habérselo impedido
la muerte del conde viejo.
Como sois nuestro vecino,
sentiré cualquier desgracia,
que en la casa donde vivo
os suceda: remediad
este daño á los principios;
que si le dejais crecer,
corre riesgo su peligro.

DON ALONSO.

¡Don Melchor enamorado
tan presto! ¡De ayer venido,
y hoy casado por conciertos!
¿Quién creerá tal desatino?

DON SEBASTIAN.

¿Qué sabeis vos lo que há
que el leonés á Madrid vino,
y los engaños que ha hecho
disfrazado y escondido?

DON GERÓNIMO.

A no hablarle don Lüis
en la Vitoria conmigo,
dudo que á vernos viniera,
y así la verdad colijo
que afirma don Sebastian.

DON ALONSO.

Alto: si vos lo habeis visto,
¿qué hay que dudar? Esta corte
es toda engaños y hechizos.
No ha de estar un hora en casa,
Magdalena.

DOÑA MAGDALENA.

Señor mio,
mas certezas tengo yo
en las dudas que os he oido.
Don Melchor, nuestro paisano,

como mas discreto, y digno
de estados y de bellezas,
que los que en mi empleo ha visto,
está en vísperas de conde.

DON ALONSO.

¿Tambien tú lo sabes?

DOÑA MAGDALENA.

Quiso
el cielo desengañarme.
Su esposa me ha dado aviso
en la Vitoria hoy de todo,
que es muy amiga, y me dijo
que un don Melchor de Leon,
aunque pobre, bien nacido,
viniéndose á desposar
con otra, en fin, ha podido
mas en un hora con ella
que otro pudiera en un siglo.
Hanse parecido bien
los dos; de suerte que ha sido
del luto de un padre muerto,
su presencia regocijo.
Ignoraba que era yo
la interesada; y convino
disimular por sacar
toda esta verdad en limpio.
En fin, estoy convidada
al desposorio el domingo,
que es, por su luto, en secreto.

DON ALONSO.

¡Casamiento repentino!
¿Y quién es esa condesa?

DOÑA MAGDALENA.

Por hoy no puedo decillo,
que me ha encargado el secreto
hasta que esté concluido.

DON GERÓNIMO.

¡Vive Dios! Si no mirara
que él mismo se dá el castigo
del necio trueco que hace....

DON ALONSO.

¿De qué os alborotais, hijo?

¿Qué pierde mi Magdalena
en que no sea su marido
quien tan presto se enamora,
que hoy se casa y ayer vino?

DOÑA MAGDALENA.

Es muy hermosa de manos,
tiene los ojos muy lindos,
llámala Italia condesa,
muere él por ser palatino....
Muy buen provecho le haga;
que ni lo siento, ni envidio
las mejoras de su amor.

DON ALONSO.

¿Hay caso mas peregrino?
Mal me paga la amistad
que su padre y yo tuvimos;
pero es mozo: no me espanto.
Vaya con Dios: yo he cumplido
con lo que á su padre debo.
Ni es mas noble, ni es tan rico....—
Yo te buscaré consorte
caudaloso y bien nacido.

DON SEBASTIAN.

Si yo ese nombre merezco,
y con mi hermana os obligo
á que por hijos troquemos
el título de vecinos,
doce mil ducados tiene
de dote, y siendo los mios
seis mil, que de renta gozo,
dareis á mi amor alivio.

DON GERÓNIMO.

Deberéle á don Melchor,
si eso se cumple, infinito;
pues por dejar á mi hermana,
tan bella esposa consigo.

DON ALONSO.

La oferta me está muy bien,
y como vuestra, la estimo,
aunque para mas de espacio
los tratos de ella remito.
Venga agora el conde nuevo;

que el parabien le apercibo,
sin que de sus mocedades
me piense dar por sentido.

ESCENA X.

DON MELCHOR. VENTURA.—DICHOS.

DON MELCHOR.

(*Aparte.* Hoy tengo de despedirme.)
(*A don Alonso.*)
¡Oh, señor! aquí ha venido
un capitan de Leon,
algo deudo, y muy amigo.
Va á casarse á Talavera,
y necesita testigos
que abonen su calidad:
la cortedad del camino
me fuerza á que le acompañe.
Licencia vengo á pediros,
y á vos, señora, paciencia,
para reprimir suspiros,
en vuestra ausencia forzosos.

DON ALONSO.

Sois cortesano cumplido.
Andad, don Melchor, con Dios,
y traed apercebidos
á la vuelta parabienes;
que aunque breve, ya imagino
que hallareis á Magdalena
consolada y con marido. (*Vase.*)

DON GERÓNIMO.

No es el vïage tan largo,
don Melchor, como me heis dicho,
ni está de aquí muchas calles
la posada que ha podido
alejaros de la nuestra.
El pláceme os apercibo
del título y desposorio. (*Vase.*)

VENTURA, *aparte.*

Algun Merlin se lo dijo.

DON SEBASTIAN.

Pésame, como es razon,
que os hayamos conocido,
señor, por tan poco tiempo.
Goceis la condesa un siglo. (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

Si no tiene inconvenientes
el estado clandestino
que honrais, decidnos el cuándo,
porque vamos á serviros. (*Vase.*)

VENTURA.

Quiñones, aquella ropa
que te dí ayer en un lío,
dos camisas son, y un cuello....

QUIÑONES.

Hoy las llevaron al rio.
Acuda á la lavandera,
que se llama Mari-Pinos,
porque si tambien se casa,
aunque roto, vaya limpio.
Y vueseñoría vea
á los nietos de sus hijos,
archiduque al mayorazgo,
y á los otros arzobispos. (*Vase.*)

ESCENA XI.

—

DOÑA MAGDALENA. DON MELCHOR. VENTURA.

DOÑA MAGDALENA.

Todos le dan parabienes
á vuesiría, y yo he sido
de diverso parecer,
pues pésames le dedico
de su desposorio en cierne.
Habrá un hora que me dijo
la condesa, con quien tengo
mucha amistad, que un su primo
viene hoy por ella de Italia;
que está la herencia á peligro

de sus estados, si deja
de dar á no sé qué Enrico
la palabra y sí de esposa;
y que así al instante mismo
es fuerza el irse á embarcar
á Barcelona; que han dicho
que se parten las galeras,
y corren riesgo navíos,
porque en toda aquella costa
andan cosarios moriscos.
Pidióme que de su parte
me despidiese á lo fino,
y enjugó á los soles perlas
con aquel marfil bruñido,
en cuya comparacion
es yeso, es carbon el mio,
y es, en fin, una Etïopia.

VENTURA, *aparte.*

¡Oste, puto! ¡piconcicos!

DOÑA MAGDALENA.

Por no tiznar señorías,
que se quiebran como vidrios,
no sostituyo condesas,
que abrasan, y yo granizo.
Mi padre me busca esposo:
á obedecelle me animo:
pésame que vuesiría
fue llamado y no escogido.
(*Hácele una gran reverencia y vase.*)

ESCENA XII.

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

Conde en calzas y en jubon
te han dejado. Vive Cristo,
que la tapada borracha
nos la pegó de codillo.
Patibobo te has quedado;

alma Gariba ya has sido:
ni te quiere Dios ni el diablo,
pues las dos te han despedido.
Vendamos aquesas joyas
con que alquilemos hospicios,
si no son falsas como ellas
esa firmeza y anillos.

DON MELCHOR.

Volverme quiero á Leon.

VENTURA.

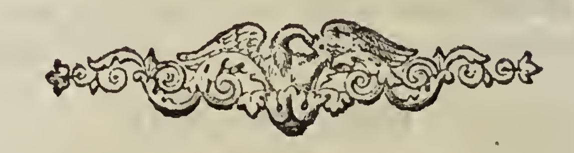
¿Qué has de hacer allá, corrido
mas que perro por antruejo, (1)
sin muger y sin bolsillo?

DON MELCHOR.

Yo tengo fortuna corta.
Salgamos de laberintos,
donde hoy se casan amantes,
y enviudan al tiempo mismo.
¡Jesus mil veces, cual voy!
No mas Madrid.

VENTURA.

Motolitos (2)
entran, como tú, brillantes,
y salen almas del limbo.



(1) Carnaval.
(2) Mancebitos novatos.

ACTO TERCERO.

Sala de una posada.

ESCENA I.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *de camino.*

DON MELCHOR.
¿Vino el mozo?

VENTURA.
Con dos mulas
tan macilentas y flacas,
que si por Madrid las sacas,
dirán que pregonas bulas.

DON MELCHOR.
Ponme, pues, esas espuelas.

VENTURA.
Los dos, en resolucion,
¿nos volvemos á Leon?

DON MELCHOR.
Ventura, no mas cautelas;
no mas amor de camino.—
¡Hoy idò, y casado ayer!

VENTURA.
La disfrazada muger
te quiso bien á lo fino,
como dirá la firmeza
que con treinta y dos diamantes,
á lo culto *rutilantes*,
te asegura su riqueza.
Seiscientos ducados da
á la primera palabra
un platero que los labra.

DON MELCHOR.

De memoria servirá,
Ventura, para tenella
de su dueño mal logrado,
perdido hoy y ayer hallado.

VENTURA.

Mas nos valiera vendella,
pues no saben en Leon
de los diamantes el precio.

DON MELCHOR.

¿Son allá bárbaros, necio?

VENTURA.

No, mas montañeses son,
que sin hacerles injurias,
por vidrios los juzgarán
los que diestros solo están
en azabaches de Asturias;
y no sé yo que tú tengas
para el camino dinero.
Mi anillo compró el platero,
no para que en él prevengas
tu costa, que son mis gages,
y si me dió treinta escudos,
tienen otros tantos ñudos.

DON MELCHOR.

Para que los aventajes,
prestarásmelos, y allá
te los volveré seguros.

VENTURA.

¿Sobre qué hipoteca ó juros?
(*Va calzando á su amo las espuelas.*)
No te enojes: bueno está;
pues siendo yo tuyo todo,
tambien lo es cuanto poseo:
solo que vuelvas deseo
á nuestra patria de modo
que no hagan burla de tí
los que el parabien te dieron
en Leon, cuando te vieron
venir á casarte aquí.
Ya se fue á la Chirinola
la condesa oji-morena;

bella es doña Magdalena,
y ella te merece sola.
Enojada del agravio
que la hiciste, no fue mucho
que hubiese llanto y celucho:
vuelve á hablarla, si eres sabio.
Pídele al viejo perdon;
intercederá su hermano;
daráte la hermosa mano;
parará en paz la cuestion.
Tendrá tu venida el fruto
que allá apeteciste tanto,
y sin engaños de un manto,
vaya el diablo para puto.

DON MELCHOR.

Si ella fuera tan hermosa
como mi condesa ausente,
ó no estuviera presente
en mi memoria amorosa,
yo hiciera lo que me dices.

VENTURA.

Dos ojos llegaste á ver,
y una mano, sin saber
si la tal tiene narices;
y la Magdalena basta,
y aun sobra, para abrasar
catorce Troyas, y dar
á veinte linages casta.
Pero cuando no te agrade,
de su vecina te dije
que por su amante te elije,
y que á su hermosura añade
doce mil de dote.

DON MELCHOR.

Todas
con mi bella ausente son
monstruos.

VENTURA.

Pues, alto á Leon,
y enhuérense nuestras bodas.
A poner voy las maletas.
Vive Dios, que estás estraño.

DON MELCHOR.

Huyamos de tanto engaño,
y en lo demas no te metas.

ESCENA II.

SANTILLANA.—DON MELCHOR. VENTURA.

SANTILLANA.

¿Vive un caballero aquí,
que vino ayer de Leon?

VENTURA.

(*Aparte á su amo.*)
Señor, el escuderon
que con la condesa ví,
nos busca.

SANTILLANA.

¡Oh leonés gallardo!
bésoos el izquierdo pie,
que en vuestro talle se ve
el valor de aquel Bernardo,
heredero de Saldaña,
del Carpio y Asturias gloria.
Tambien sabemos de historia
los viejos de la montaña.

VENTURA.

El demonio es Santillana.

SANTILLANA.

Dejémonos de eso agora.—
La condesa mi señora,
la que le habló ayer mañana,
este billete le envia,
y con él cierto regalo,
que al de una reina le igualo,
aunque es de una señoría.

DON MELCHOR.

¿Luego aquí está la condesa?

SANTILLANA.

¿Pues dónde?

VENTURA.

(*Aparte á su amo.*
Este fue picon.

DON MELCHOR.

Ventura, dale un doblon.

VENTURA.

¡Mas nonada! (1)

SANTILLANA.

¡Lo que os pesa
de mi bien!

VENTURA.

¿Doblon? primero
doble el sacristan por vos.

DON MELCHOR.

No seas necio; dale dos.

SANTILLANA.

(*A Ventura.*)
¿Daislo de vuestro dinero?
¿Son estos los cuatro reales
de marras?

VENTURA.

(*Aparte.* Tras el bolsillo
se va acogiendo (2) mi anillo.
A muchas dádivas tales
quedaremos en pelota.)
Tome, y rebiente con él.

DON MELCHOR.

Oye, Ventura, el papel.

VENTURA.

Buena letra.

DON MELCHOR.

Y mejor nota.

(Lee.) "*Por asegurarme de vuestro amor, he fingido jornadas que no pienso hacer, y casamientos de que estoy libre, puesto que doña Magdalena, engañada por mí, haya publicado lo uno y lo otro por verdadero. Satisfaceos de mis celosas diligencias, y vedme luego en el lugar acostumbrado; que para la costa del camino, que os ruego no hagais, ese escudero os lleva dos mil escu-*

(1) ¡Friolera!
(2) *Acogerse*: escapar, huir, marcharse.

dos, y un regalo de dulces y ropa blanca: reservándoos el principal para cuando sea tiempo, que es una alma reconocida á lo mucho que merece vuestra firmeza y valor.=La Condesa."

Quita espuelas, quita botas,
despide postas.

VENTURA.

Despido,
quito botas y vestido.—
¡Dos mil escudos! ¿Qué flotas,
qué vellocino, qué gato
de avariento tabernero,
qué talegon de arrïero,
ni qué robo de mulato
hay que iguale á nuestra presa?

DON MELCHOR.

¡Que la condesa fingió
sus bodas! ¡Que no partió
á Nápoles la condesa!
¡Que otra vez me quiere hablar!

VENTURA.

¡Que dos mil escudos de oro
envia! ¡Oh viejo Medoro!
Por Dios, que te he de besar.

SANTILLANA.

Arre allá. ¿Venís en vos?
Aun el diablo fuera el beso.
No está el tiempo para eso.

VENTURA.

¡Mil doblones, y de á dos!
¿Dos mil escudos envia?
Dar dos mil abrazos quiero,
o escudos, al escudero
de tan bella escudería.

SANTILLANA.

(*A Ventura que porfía en abrazarle.*)
¿Quereis apostar, hermano,
que os he de hacer acusar?

DON MELCHOR.

(Lee.) *Vedme luego en el lugar
acostumbrado.* ¡Ay mi mano!
¡Que otra vez tengo de veros!

VENTURA.

¿Dónde el regalo quedó?

SANTILLANA.

Una dueña me guió
con la ropa y los dineros
á esta casa, y á la puerta
con todo aguardando está.

DON MELCHOR.

Venturilla, llamalá;
veré si es mi dicha cierta;
que si ella me la asegura,
cuanto me trae pienso dalla
de albricias.

VENTURA.

Voy á llamalla.
Ahora sí que soy Ventura.
Con una y otra cabriola
tengo el alma alborotada.
¡Oh condesa oji-tapada!
bien haya tu Chirinola. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON MELCHOR. SANTILLANA.

DON MELCHOR.

(*Repasando el papel.*)
¡Ay condesa de mi vida!

SANTILLANA, *aparte.*

¡Válgate el diablo el leonés!
¡Beso á Santillana!

DON MELCHOR, *leyendo.*

"*Que es*
»*una alma reconocida*
»*á lo mucho que merece*
»*vuestra firmeza y valor.*—
»*La Condesa.*" ¿Hay tal favor?
El contento me enloquece.

SANTILLANA, *aparte.*

¡A mí beso! Vive Dios,
que á no venir sin espada....

ESCENA IV.

VENTURA.—DON MELCHOR. SANTILLANA.

VENTURA.

Fuese la dueña tapada,
y en talegos, me dió, dos
(esto es crítico) dos mil
escudos, y tres tabaques
con preciosos badulaques; (1)
cuellos de cambray sutil,
camisas de holanda, y tal
que te la puedes beber;
dulces, que bastan á ser
de Santo Domingo el Real,
ó de una Constantinopla (2)
dechados, para imitarse,
y sin querer destaparse
sino sola una manopla
me dijo: "paji-lacayo,
al conde mi señor diga
que su buena suerte siga."
Y acogióse como un rayo.

DON MELCHOR.

Vamos, pues, á la Vitoria.

VENTURA.

¿Con botas y con espuelas?

DON MELCHOR.

Ya son de mi amor pihuelas
para detener mi gloria.

VENTURA.

¡Oh qué traidores doblones!
Cada uno tiene dos caras;
todas son yemas; no hay claras
de reales ni patacones.

DON MELCHOR.

Ven, y no te espantes de eso,

(1) Aderezos.
(2) El convento de religiosas así llamado que habia en Madrid.

pues me las presenta un sol.

VENTURA.

¡Oh escudero chirinol!

SANTILLANA.

¿Mas que vuelve á lo del beso? (*Vanse.*)

Sala en casa de don Sebastian.

ESCENA V.

DOÑA ÁNGELA. QUIÑONES, *con manto.*

QUIÑONES.

Antes de quitarme el manto,
por lo que á tu hermano debo,
á ser tercera me atrevo
de vuestro amoroso encanto;
que aunque sea á mi señora
infiel, estoy obligada
á tu hermano, y cohechada
de mil regalos que agora
estorbos han de allanar
que su cuidado encarece.
Sé lo mucho que merece;
mas no se podrá casar
con él doña Magdalena,
mientras durare el amor
que á tu amante (1) don Melchor
da por la condesa pena.
Ella fingió su partida
á Nápoles por saber
si el leonés sabe querer.

DOÑA ÁNGELA.

¿Luego no es la condesa ida?
¿Luego no se va á casar

(1) Participio activo en lugar del pasivo.

á Nápoles con su primo?

QUIÑONES.

Su ingenio sutil estimo.
Engaño fue, por probar
si á mi señora queria,
y se casaba con ella;
pero viendo que atropella
tantas cosas en un dia,
y que se vuelve á Leon,
(despreciando la belleza,
discrecion, sangre y riqueza
que juntas á la aficion
que mi señora le tiene,
bastaban á enternecer
un mármol) ser su muger
con nuevas trazas previene.
Nuestra doña Magdalena,
(que para decir verdad,
tiene estraña voluntad
á don Melchor) con la pena,
y celos de quien adora,
en fé que por él se abrasa,
para saber lo que pasa
me ha hecho su inquisidora.
En efecto, me he informado
que ni á Nápoles se va,
ni vino á Madrid de allá
tio para darla estado;
antes á su don Melchor
obligada, cuando estaba
el pie en el estribo, y daba
nuevo repudio á su amor,
dos mil escudos le envia,
y un regalo (amante y franca)
de dulces y ropa blanca....
Pero, en fin, es señoría.
Y en la Vitoria le espera,
donde tratarán los dos,
con la bendicion de Dios,
echar cuidados afuera,
y desposarse mañana.

DOÑA ÁNGELA.

Si eso es cierto, muerta soy.

QUIÑONES.

Yo que este aviso te doy,
y tengo engaños de indiana,
como tú te determines
á un hecho digno de fama,
daré á tu amorosa llama
dichosos y alegres fines.
Vístete de luto, y ve
á la Vitoria cubierta;
que él aguardará á la puerta
su condesa; y si te ve
tapada, y con luto, luego
te ha de tener por su dama,
á quien adora por fama,
sin que su amoroso fuego
haya alcanzado á ver mas
que una mano y un medio ojo,
ocasion de tanto enojo.
La tuya le enseñarás;
que cuando no sea mejor,
á lo menos su cristal
es á su belleza igual.
Dile finezas de amor;
agradécele discreta
el haber por tí dejado
tal muger: dí que tu estado,
y voluntad ya sujeta,
por dueño elegirle ordena,
y porque en la casa tuya
habrá estorbos, en la suya,
sin que doña Magdalena
lo sepa, esta tarde quieres
darle de esposa la mano.
Él con tal favor ufano,
sin consultar pareceres,
que no los admite amor,
te guiará á su casa luego;
darás alivio á su fuego,
y dueño noble á tu honor.
Pues no habiendo visto, en fin,

de la condesa la cara,
si en tu hermosura repara,
retrato de un serafin,
¿quién duda que en su provecho
engañado, si lo sabe
despues, su dicha no alabe,
y te adore satisfecho?
Quedaráse la condesa
burlada; dará á tu hermano
mi señora el alma y mano;
y viendo lo que interesa
don Gerónimo, despues
que por perdida te llore,
podrá ser que se enamore
de la condesa, y los tres
os caseis por causa mia:
tú y don Melchor; mi señora,
y tu hermano que la adora;
y con una señoría
don Gerónimo, porque haya
mejor fin del que se espera
(de tres yo casamentera)
á un amor de tres en raya.

DOÑA ÁNGELA.

¡Determinacion terrible!
Pero á un grande daño es medio
forzoso otro igual remedio,
y sin ese no es posible
atajar el que yo lloro,
si se intentan casar hoy.
Resuelta en seguirle estoy,
que al leonés gallardo adoro.
Salga yo bien de este enredo,
y daréte un dote igual
á tu ingenio.

QUIÑONES.

La señal
con que asegurarte puedo,
es el bolsillo que ves,
y lleno de escudos dió
don Melchor, la vez que habló
á la condesa. Despues

te diré de la manera
que vino á mi posesion.
Cuélgatele del cordon;
asegura esta quimera,
y vete á vestir de luto;
no pierdas por tu tardanza
el fruto de tu esperanza.

DOÑA ÁNGELA.

Y la vida con el fruto.
Notables cosas intento.
¡Ay tirano don Melchor!
Anime mi firme amor
este estraño atrevimiento. (*Vase.*)

ESCENA VI.

QUIÑONES.

Si doña Angela se casa
con don Melchor, de este modo
á mi señora acomodo
con don Sebastian, y en casa
se queda todo el provecho.
Pues que despues de casados
me quedarán obligados
y mi interes satisfecho,
á alargar la dilacion
de mi ama voy agora,
porque su competidora
le gane la bendicion. (*Vase.*)

Lonja de la Victoria.

ESCENA VII.

DON MELCHOR. DON LUIS.

DON LUIS.

Ya os juzgaba una jornada
de aquí.

DON MELCHOR.

Nuevas ocasiones
dan á mi amor dilaciones.
Aquella dama tapada
que ayer vistes enlutada,
ha de volver hoy aquí.

DON LUIS.

¿No fue la condesa?

DON MELCHOR.

Sí.

DON LUIS.

Pues ella ¿no se partió
á Nápoles?

DON MELCHOR.

Primo, no;
que á Italia deja por mí.
Vos me vereis conde presto,
y dueño de una hermosura,
que dé envidia á la ventura,
y á mi amor un alto puesto.

DON LUIS.

Ya el parabien os apresto;
aprestad vos á mi pena
el pésame, pues ordena,
para que muera y me abrase,
que don Sebastian se case
con mi doña Magdalena.

Don Gerónimo ha pedido
á doña Angela, y el viejo
aprobando su consejo,
da á mi tirana marido.
Estoy de celos perdido,
y si se casan los dos,
podrá ser, primo, por Dios,
que algun disparate intente;
porque mi amor no consiente
celos de otro que de vos.

DON MELCHOR.

Vivid vos seguro de esos,
porque yo no me casara
con ella, si despojara
al Potosí de sus pesos.
Por los ojuelos traviesos
que adoro, y ya llamo mios,
hace mi amor desvaríos,
y esotros me dan enojos,
que son muertos, si son ojos,
y si son soles, son frios.

DON LUIS.

Consiéntoos hablar mal de ellos
por lo bien que eso me está;
puesto que el cielo podrá
poner sus luces en ellos.
Gozad vos los vuestros bellos
mil años con dulce fruto,
que mientras os dan tributo,
si mis celos ponderais,
en esta ocasion mezclais
vuestras bodas con mi luto. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

VENTURA *y despues* DOÑA ÁNGELA, *de luto como doña Magdalena y tapada.*—DON MELCHOR.

VENTURA.

Ea, señor, ya ha llegado

nuestra condesa dorada,
que á quien da dos mil escudos
así quiero intitularla.
Llega haciendo reverencias
ó paternidades, y habla.
Mil doblones te envió;
dobla las rodillas ambas.

DON MELCHOR.

O hermosa señora mia,
¿cuándo ha de romper el alba
los crepúsculos obscuros,
de ese sol nubes avaras?
¿Cuándo dirá mi ventura,
despues de noche tan larga,
que el cielo corrió cortinas,
y amaneció la mañana?

VENTURA.

¿Cuándo, o bella Chirinola,
costurera ballenata,
pues con agujas del sol
nos cosistes ropa blanca,
desnudándoos ornamentos,
pues alba mi amo os llama,
los dos os podremos ver
en sobrepelliz ó en alba?
Cuándo dirá: "ropa fuera"
el ciego amor que os enmanta,
ó rasgará, por leeros,
la cubierta de esa carta?

DON MELCHOR.

Apártate allá, Ventura.

VENTURA.

Toda ave á la aurora canta,
el gilguero y el gorrion;
música hay tambien lacaya;
mi parte tengo en el coro:
canta y cantemos.

DON MELCHOR.

Aparta.

VENTURA, *aparte.*

Y en los dulces, ya yo he dicho
ite, *missa est* á dos cajas.

DOÑA ÁNGELA.

Mala noche os habrá dado
mi mentirosa jornada,
prueba de vuestra firmeza,
vitoria de mi esperanza.

DON MELCHOR.

Es así; pero no es mucho
pasar una noche mala
por un dia tan alegre.

DOÑA ÁNGELA.

Quedándoos vos en España,
mal se pudiera partir,
quien os quiere tanto, á Italia,
pues pasara de vacío
amor un cuerpo sin alma.

DON MELCHOR.

Dadme por esa merced
á besar la nieve helada
del puerto de mis deseos.

VENTURA.

Quitad la encella á esa nata,
si es que hay natas con encellas;
que yendo á decir *cuajada*,
andan, desde que hablan cultos,
las metáforas bastardas.

DOÑA ÁNGELA.

No es mano de cada dia:
un ojo enseñaros basta,
réditos de vuestro amor,
que mi principal os paga.

DON MELCHOR.

Eso fue pagarme en oro,
cuando os ejecuto en plata;
que al buen pagador, señora,
no le duelen prendas.

VENTURA.

Vaya,
hoy cobramos en doblones,
puesto que ojos con pestañas
es moneda de vellon;
mas, ó mi vista se engaña,
ó no es ese ojo el de ayer;

que su niña era mulata,
y hoy se ha vestido de azul,
que llama el vulgo, de garza.

DON MELCHOR.

Anda, necio.

VENTURA.

¡Vive Dios,
que era endrina toledana
la niñeta que ayer vimos,
y hoy nos mira turquesada!
Pero no te espantes de esto,
que ha venido de Alemania
un maestro que tiñe ojos,
como otros cabello y barbas.

DON MELCHOR.

No hagais caso de este necio;
que yo doy crédito al alma,
que con pinceles mas vivos
en mi memoria os retrata.
Yo sé que es ese el que adoro.
Mas ¿qué es esto? ¡Otra enlutada!

VENTURA.

Serán como cartas de Indias,
que se escriben duplicadas.

ESCENA IX.

—

DOÑA MAGDALENA, *de luto.*—DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.

Solo en vuestro noble trato
estribó la confianza,
don Melchor, que hice de vos;
pero pues tan presto os falta,
y venido de antiyer,
me ocupan mantos la plaza
que pensé yo que era mia,
cuando la juzgué estar vaca,
con desengaños costosos
dando libertad al alma,

á precio de algun suspiro,
podré ya volverme á Italia.
Goceis la ocupacion nueva
mil años; que escarmentada
en mí misma, sabré, en fin,
lo que son hombres de España.
(*Hace que se va.*)

DON MELCHOR.

Señora, señora mia,
no desdeñeis enojada
la confusion de un amor,
que ni os conoce ni agravia.
¿Sois vos mi hermosa condesa?

DOÑA MAGDALENA.

Que era vuestra, imaginaba
quien colije de esas dudas
que sois de memoria flaca.
Presto me desconoceis.
A Dios.

DON MELCHOR.

¡Ay condesa amada!
Ó no os vais, ó daré voces.

DOÑA ÁNGELA.

¡Condesa! ¿Hay traicion mas rara?
¿Luego otra condesa ha habido
en la corte, en cuyas llamas
os abrasais?

VENTURA.

Hay agora
señorías muy baratas.

DOÑA ÁNGELA.

Gracias á Dios, que con tiempo,
aunque el llanto la costa haga,
podrá hacer mi libertad
una bella retirada.
No creyera yo, hasta verlo,
que en las leonesas montañas,
de la suerte que en la corte,
engaños se avecindaran.
Discreto fue mi recato
en no enseñaros mi cara:
poco hay perdido hasta agora:

mi nombre ignorais y casa.
Si hiciéredes diligencias
para saberla, mañana
á Nápoles me escribid,
porque me alcancen las cartas.
A Dios.

(*Quiere irse.*)

DON MELCHOR.

Condesa, mi bien,
oid, escuchad.—¿Qué estrañas
confusiones me persiguen?

VENTURA, *aparte.*

¡Qué gentil chirinolada!

DON ÁNGELA.

No quiero llevar memorias
que entristezcan mi jornada.
De este bolsillo me hicistes
antiyer depositaria:
pues el dueño pareció,
(aunque á vos no os hará falta,
pues que con dos mil escudos
mi libertad se rescata)
haced alguna obra pia
con su valor, ó dad traza
de engañar con él condesas,
en oir misa ocupadas;
que yo hiciera mi camino
satisfecha, si mezclara
en los dulces rejalgar,
ponzoña en la ropa blanca,
é imitando á Deyanira,
la ingratitud castigara
de un hombre tan descortes.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué es esto, ilusion pesada?
¿Vos de Nápoles condesa?
¿Vos en el disfraz velada
de un manto, en esta capilla
fuistes antiyer la causa
de la confusion presente?
¿Vos dinero, ropa blanca,
y dulces á don Melchor?

DOÑA ÁNGELA.

Direis que no: cosa es llana;
que como en el luto y nombre
usurpais mi semejanza,
querreis de agenos presentes
levantaros con las gracias.
Gozaldas en hora buena;
que si esta prenda no basta
(*Enseña el bolsillo de don Melchor.*)
á desengaños tan ciertos,
ellos me darán venganza.

VENTURA.

Esta probó su intencion.

DON MELCHOR.

A satisfaccion tan clara,
¿quién pondrá, condesa mia,
dudas, pleitos, ni demandas?
En vuestro favor sentencia
tan reconocida el alma,
cuanto confusa de ver
vencida á vuestra contraria.
Señora, á quien no conozco,
que me pesa, os doy palabra,
de condenaros en costas
de una burla tan pesada.
Si hacerla de mí quisísteis,
desazónaseos la traza;
vuestras armas os hirieron:
idos á curar á casa.

VENTURA.

Mamóla su señoría.
¡Oh condesa redomada!
La picardía os gradúa
con la borla de bellaca.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* Yo estoy de suerte perdida,
que si no me desengañan
que duermo, daré mil voces,
aunque peligre mi fama.)
Sutilezas de Madrid
me habrán robado de casa
ese bolsillo que encierra

los hechizos que me encantan.
Ya me pesa que no hayais
visto, don Melchor mi cara,
porque enseñándoosla agora,
viérades quien os engaña.
Pero esperad: ¿conoceis
aqueste ojo?

DON MELCHOR.

¡Ay sol del alma!
¡ay norte de mis deseos!
¡ay guia de mi esperanza!
¡Y cómo que le conozco!

VENTURA, *aparte.*

¿Ya empezamos nuevas chanzas?
Bolsillo y ojos compiten:
ofrézcoos al diablo á entrambas.

DOÑA MAGDALENA.

¿Acordaisos de los cabos
que de mi cordon colgaban,
cuando el ladron los cortó?

DON MELCHOR.

Dos trenzas eran de nacar.

DOÑA MAGDALENA.

¿Son estas?

DON MELCHOR.

Sí, mi señora.

DOÑA MAGDALENA.

Juzgad agora quien causa,
de vos ó de mí envidiosa,
los enredos que me agravian.

DOÑA ÁNGELA.

Los cordones del bolsillo,
que con sutileza tanta
me cortó, no sé yo quien,
en misa estotra mañana,
téngolos guardados yo,
y aquesas son señas falsas,
pues para contrahacerlos,
hay en la corte seda harta.

DON MELCHOR.

Ventura, ¿qué dices de esto?

VENTURA.

Que ha sido almendra preñada
nuestra condesa de á dos,
ó herizo con dos castañas,
huevo que dos yemas tuvo,
y aunque con cáscara entrambas,
tu amor, que es gallina clueca,
hoy estas dos pollas saca.

DON MELCHOR.

¡Problemática cuestion!
Dos sendas hallo encontradas,
y yo indiferente entre ellas,
ignoro por cual me vaya.
Pero la mano, que fue
de mi amor primera causa,
tengo dentro el alma impresa,
y la memoria la guarda.
Mostradme, señoras mias,
cada cual la suya, y salga
vitoriosa la que obligue
que mi amor llegue á besarla.

DOÑA MAGDALENA.

Soy contenta.

DOÑA ÁNGELA.

Y tambien yo.

ESCENA X.

DON GERÓNIMO. DON SEBASTIAN, *hablando en el fondo.*— DICHOS.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Ay Dios! ¡mi hermano! Si me halla
aquí, ocasiono su enojo.

DOÑA ÁNGELA, *aparte.*

Mi hermano es este: no hay traza
de salir con mis contentos.

DOÑA MAGDALENA.

Ya estaba determinada
de que mi mano ofendida

deshiciese esta maraña;
pero no lo mereceis.
A Dios. (*Aparte.* ¡Ay! ¡Cual voy!) (*Vase.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* DOÑA MAGDALENA.

DOÑA ÁNGELA.

(*Aparte.* ¡Que vaya
vencida mi opositora!)
Como salieran á plaza
su mano agora y la mia,
la victoria se declara
por mi parte, pues se va;
y yo por vos agraviada,
de vuestro incrédulo amor
me vengo con no mostrarla.
Mañana intento partirme:
ved qué mandais para Italia. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *en el proscenio.* DON GERÓNIMO *y* DON SEBASTIAN, *retirados.*

VENTURA.

¿Volveremos por las mulas?
¿Qué te quedas hecho babia?
Dos mil escudos nos dejan:
Bercebú con ellas vaya.

DON MELCHOR.

¿Hay caso que iguale al mio?

VENTURA.

Ni sé si es dicha, ó desgracia.
Mas don Gerónimo es este,
y su vecino: si tratas
de componerte con ellos,
llega á hablarlos. Dos hermanas

te adoran, pídeles una,
ó á aqueste lado te aparta.

DON GERÓNIMO.

No hay que reparar en dotes,
pues solo mi amor repara
en los de naturaleza
que á doña Angela acompañan.
Ya están los contratos hechos:
casados con dos hermanas,
mediando lazos, amor
reciprocará cuatro almas.

DON SEBASTIAN.

La mia reconocida
os rinde infinitas gracias
por el dueño que la dais,
tierno alivio de mis ansias.

DON GERÓNIMO.

(*Reparando en don Melchor.*)
¿No es este el conde de anillo?

DON SEBASTIAN.

El mismo, aunque le juzgaba
cinco ó seis leguas de aquí.

DON GERÓNIMO.

Por no ocasionar palabras,
que reducidas en obras
averiguen las espadas,
fingiré que no le veo.

DON SEBASTIAN.

Haceis bien. Vamos á casa. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

No te han visto, ó no han querido.

DON MELCHOR.

¿Será posible que haya
historia como la mia,
en cuantas dan alabanza

á poéticas ficciones?

VENTURA.

¡Oh qué comedia tan brava
hiciera, á ser yo poeta,
si escribiera aquesta traza!

ESCENA XIV.

SANTILLANA.—DON MELCHOR. VENTURA.

SANTILLANA.

La condesa mi señora,
aunque dice que enojada
con vos se partió de aquí,
que vais esta noche os manda
á la una (no á las doce,
porque entonces se despachan
provisiones por Madrid,
que trocara yo por ambar)
á la calle donde vive
doña Magdalena, dama
que vos diz que conoceis;
que por no sé qué desgracia
que la condesa recela
con quien intenta llevarla
á Nápoles, esta noche
teme volver á su casa,
y así se queda en estotra.
Dice, en fin, que á una ventana,
que sale á una calle estrecha,
para hablaros os aguarda;
pero que no ha de saber
doña Magdalena nada
de lo que por mí os avisa;
que habrá carambola estraña.
No me encargó la respuesta.
Si habeis de ir, catarros andan:
aforraos con media azumbre,
y dos cofietas colchadas. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.
Oid, escuchad....
VENTURA.
Es sordo.
DON MELCHOR.
¿Qué dices de esto?
VENTURA.
No vayas;
que temo que han de cogerte
su hermano y padre en la trampa.
DON MELCHOR.
¿Para qué?
VENTURA.
Para casarte,
ó pedirte la palabra
que diste á su Magdalena.
DON MELCHOR.
¿Cómo, si ves que se casa
con don Sebastian?
VENTURA.
No sé.
No imagino que le faltan,
sin que en su casa se hospede,
á la condesa, posadas.
Don Gerónimo, sentido
del desprecio de su hermana,
fingiendo no conocerte,
junto á tí sin hablar pasa....
Mira lo que haces primero.
DON MELCHOR.
Si la condesa me llama,
no hay que mirar, ni temer:
que venga el recaudo basta
en nombre de mi señora.
Pero ¿cuál será de entrambas?

¿la primera, ó la segunda?

VENTURA.

Eso, averíguelo Vargas. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA XVI.

DOÑA MAGDALENA, *con otro vestido.* QUIÑONES, *con el bolsillo de don Melchor en la mano.*

QUIÑONES.

Vésle aquí, que de guardado
le daba yo por perdido.
(*Aparte.* A no haber antes venido
doña Angela, ¡en buen cuidado
me habia puesto!)

DOÑA MAGDALENA.

Hubiera dado,
Quiñones, yo cualquier cosa,
aunque estuviera quejosa
de tí, porque te le hurtaran,
y estos enredos hallaran
salida menos dudosa.
Ese, ú otro como él,
á don Melchor engañó,
y otra muger como yo
turbó mi esperanza fiel.
Hablóle ciega por él;
y teniéndola por mí,
que le daba cuenta oí
de mi amor distintamente,
desde el instante presente,
hasta el punto que le ví:
lo que pasó en la Vitoria,
cuando el bolsillo me dió;
lo que en casa sucedió;

de mis agravios la historia,
su camino y la memoria
del regalo que le hice.
Que á Italia se parte dice,
y que es la condesa, prueba:
mira tú si hay Circe nueva
que así engañe y así hechice.

QUIÑONES.

¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

DOÑA MAGDALENA.

Eso me tiene perdida.

QUIÑONES.

Ya de otra dama ofendida,
no tendrás de tí recelo.

DOÑA MAGDALENA.

Con ese mismo desvelo
quejas de mí misma doy;
pues si la condesa soy
que él ama y mi opositora
finge ser la misma agora,
mal conmigo misma estoy.
Como á condesa ¿no me ama,
don Melchor?

QUIÑONES.

Por tí se enciende.

DOÑA MAGDALENA.

¿Ser condesa no pretende
mi enemiga?

QUIÑONES.

Así se llama.

DOÑA MAGDALENA.

Luego si una misma llama
causa aqueste frenesí,
y yo quien le abrasó fuí,
aunque esotra le enamore,
mientras en ella me adore,
celosa estaré de mí.
Dame tú que ella dijera
ser Magdalena finjida,
y vieras que aborrecida,
de ella como de mí huyera.
Mira que estraña quimera

causa este ciego interes,
que en tres dividirme ves,
y aunque una sola en tres soy,
amada en cuanto una, estoy
celosa de todas tres.

QUIÑONES.

Parece juego de manos.
¡Lindos desvelos te matan,
mientras que casarse tratan
hoy hermanas con hermanos!

DOÑA MAGDALENA.

Saldrán sus conciertos vanos.

QUIÑONES.

Tu padre, don Sebastian,
y don Gerónimo estan
sobre esto encerrados.

DOÑA MAGDALENA.

Traten
que estos celos no me maten,
Quiñones, y acertarán.
Ya es tarde: dí que indispuesta,
temprano me recogí,
si preguntaren por mí.

QUIÑONES.

¿No sosegaste esta siesta?

DOÑA MAGDALENA.

Soime á mí misma molesta,
porque compito conmigo.

QUIÑONES.

¿Quiéreste acostar?

DOÑA MAGDALENA.

¿No digo
que sí?

QUIÑONES.

Ven, pues.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

A velar
voy, amor, por esperar
en mi amante á mi enemigo.

Calle. — Es de noche.

ESCENA XVII.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *como de noche.*

DON MELCHOR.
Esta es la calle aplazada,
y la ventana una de estas,
que mis esperanzas verdes
sus verdes hierros enredan.

VENTURA.
No hará á lo menos la calle
informacion de limpieza,
ni es malo aquí un romadizo
con dos botas de diez suelas.

DON MELCHOR.
¿Las cuántas son?

VENTURA.
El cahiz
dió santa Cruz; y ya empiezan
perfumeras mantellinas
á arrojar quintas esencias.

DON MELCHOR.
¡Agradable oscuridad!

VENTURA.
Salen la luna y estrellas
de medio ojo, porque imiten
nuestras dos chiri-condesas.

DON MELCHOR.
¿Cuál la que adoro seria?
¿O qué es lo que la otra intenta
con engaño semejante,
que estoy loco?

VENTURA.
Por las señas

del bolsillo y los cordones,
en derecho suyo alegan
cada cual valientemente.
Bercebú que caiga en ellas.

DON MELCHOR.

¡Que dos mugeres tapadas
hacer con los mantos puedan
tan sutil transformacion!

VENTURA.

Son pandillas encubiertas.

ESCENA XVIII.

DOÑA MAGDALENA, *á una ventana.*—DON MELCHOR.
VENTURA.

VENTURA.

Pero una cara se asoma
por los claros de esa reja;
que aquella brizna de luna
sirve de perro de muestra.

DON MELCHOR.

Dices bien.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es don Melchor?

DON MELCHOR.

¿Sois vos, mi enlutada bella?

DOÑA MAGDALENA.

Bajad la voz y acercaos,
que estamos en casa agena.

DON MELCHOR.

¿Cuándo he yo de merecer
ver ese cielo de cerca?
Que para mí, el mismo efeto
hace el manto que una ausencia.

DOÑA MAGDALENA.

Cuando menos enojada
esté yo, y mas satisfecha
de que vos no ocasionais
disfrazadas competencias.

Yo sé bien que conocistes
á quien me ofende.

DON MELCHOR.

Estad cierta
que á conocerla ó amarla,
ni ella lo que no es fingiera,
ni yo os burlara.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es hermosa?

DON MELCHOR.

Dudo yo de que lo sea
quien pretende acreditarse,
vendiendo hermosura agena.

DOÑA MAGDALENA.

Ahora bien, yo os doy perdon,
como propongais la enmienda.

DON MELCHOR.

La enmienda supone culpa,
y yo nunca os hice ofensa.
Mas, mi bien, si al que perdona,
humilde la mano besa
el perdonado, no es justo
que yo este derecho pierda.
Honre ese cristal mis labios.

DOÑA MAGDALENA.

Está tan alta esta reja,
que no podreis alcanzalla.

DON MELCHOR.

Para amor todo está cerca.
Venturilla, ah, mi Ventura.

VENTURA.

¡Bueno por Dios! ¿me requiebras?
Mas barbon soy qne un peraile.

DON MELCHOR.

Ponte aquí debajo, llega.

VENTURA.

Arre allá. ¿Qué diablos dices?

DON MELCHOR.

Para que la mano pueda
alcanzar de un serafin,
sé Atlante de mi firmeza.
Tus espaldas me sublimen.

VENTURA.

¡Mal año! Busca una yegua
ó el banco de un herrador,
que soy macho y no eres hembra.

DON MELCHOR.

Hazme esta merced, que asi
quiero llamarla.

VENTURA.

Dijeras
servicio, que agora hay hartos,
que á todo Madrid inciensan.

DON MELCHOR.

Enojaréme contigo.

VENTURA.

¿Yo debajo de tí? ¡Afuera!
Ni aun de burlas, vive Dios.
Echa esa carga á otra bestia.

DON MELCHOR.

¿Si este vestido te doy...?

VENTURA.

Estrañamente me aprietas.
Por esta vez, vaya.

DON MELCHOR.

Ponte.

VENTURA.

Acabemos, sube y besa,
que ya estoy en cuatro pies;
(*Sube encima de las espaldas de Ventura.*)
mas si luego no te apeas,
advierte que se enhermanan
los mulos de aquesta recua.

DON MELCHOR.

¡Ay hermosa mano mia,
que amorosa, dulce y tierna
alimentais mi esperanza!

VENTURA.

(*Bajo á su amo.*)
¡Ay, pelmazo, y como pesas!

DON MELCHOR.

¡Que de ello debo á esta mano!

DOÑA MAGDALENA.

Presto, llamándola vuestra,

presos al yugo de amor,
no habrá quien el nuestro ofenda.

DON MELCHOR.

¡Qué süave para mí,
será su carga ligera!

VENTURA.

(*Aparte.* Como para mí pesada
la mia.) (*Bajo á su amo.*) Costal de arena,
acaba con Satanás,
que pesas mas que una deuda,
y estoy, sin ser corcobado,
como salchichon en prensa.

DON MELCHOR.

¡Mi cielo, mi luz, mi gloria!

DOÑA MAGDALENA.

¡Mi dueño, mi bien, mi prenda!

VENTURA, *aparte.*

¡Mi rollo, mi pesadilla!
¡Cuerpo de Dios con la flema!
¿Chicolíos á mi costa?
(*Déjase caer, y baja don Melchor.*)

DON MELCHOR.

¡Ah borracho!

VENTURA.

No te apeas,
y soy mula de alquiler,
que cuando la cansan, se echa.

DON MELCHOR.

¡Vive Dios! Si no mirara....

VENTURA.

Mira ó no mires, á cuestas
con seis quintales de plomo,
no hay espaldas ni paciencia.

DOÑA MAGDALENA.

Ahora bien, don Melchor mio,
puesto que el dejaros sienta
como la vida, no es justo
que os engañe mas, ni ofenda.
Mañana me parto á Italia;
que obligaciones molestas
de quien, con pension de un primo,
me ha nombrado su heredera,

me mandan casar con él,
y la vejez me atormenta
de un tio, que riguroso
añade prisas á penas.
Hoy por vos me he detenido;
mañana á Italia me llevan:
¡ay! ¿quién memorias dejara
del modo que el alma os deja?
Mas pues esto no es posible,
y de doña Magdalena,
á quien quiero como á mí,
sé que os adora, quisiera
pagar las obligaciones
de su amistad y nobleza,
y no tengo, sino es vos,
quien me saque de esta deuda.
Ella os ama; vos sois pobre;
su calidad y riqueza
es igual á su hermósura;
que os persüada me ruega.
Para esto vine á su casa;
no habrá consuelo que pueda
oponerse á mis pesares,
como el ver que me suceda
tal amiga en tal amante.
Pagad noble su firmeza,
y haced cortés lo que os pido,
por ser la cosa postrera.

DON MELCHOR.

Si eso es cierto, ausente mia,
y mis desdichas ordenan
que para afligir memorias,
hoy os gane, y hoy os pierda,
aunque lo que me mandais
tan pesado me parezca
como el morir, pues con vos
la misma hermosura es fea,
porque sepais los quilates
de mi amor, y en lo que precia
las leyes de vuestro gusto
el valor de mi obediencia,
digo, ¡ay Dios y qué forzado!

Digo, en fin, que os doy promesa
de hacer lo que me mandais,
aunque sé por cosa cierta
que el casarme y el morir
será todo uno; mas muera
en su yugo aborrecible
quien perdió vuestra belleza.

DOÑA MAGDALENA.

¡Espejo de amantes sois!
Esperad, y llamaréla;
que os habeis de dar las manos,
siendo el tálamo esta reja.
¿No gustais vos de esto?

DON MELCHOR.

¿Yo?
¿Qué gusto quereis que tenga,
si por el vuestro me rijo?

DOÑA MAGDALENA.

No la hableis con aspereza:
decilda muchos regalos.

DON MELCHOR.

Podrá fingirlos la lengua;
pero el alma, es imposible.

DOÑA MAGDALENA.

¡Y qué! ¿os casareis con ella?

DON MELCHOR.

Digo, señora, que sí.

DOÑA MAGDALENA.

¡Ah traidor! ¡Y quién tuviera
fé en voluntades de vidrio,
que al primer golpe se quiebran!
En fin, habeis confesado,
al primer trato de cuerda,
que basta á haceros mudable,
con ser fingida, una ausencia.
Quedaos para poco firme;
que yo haré eleccion mas cuerda
de quien mi firmeza iguale.

DON MELCHOR.

Mi bien, mi luz, mi condesa....
No os vais, esperad, oidme.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué quereis?

DON MELCHOR.

Que no os ofenda
lo que imaginaba yo
que con vos de estima fuera.
Si vos me mandais casar
con quien sé yo que estais cierta
que por vos he aborrecido,
y puede mas la obediencia
de vuestra ley que mi gusto,
¿será razon que merezca,
cuando esperaba alabanzas,
tan mal pagadas finezas?
¿No me lo mandásteis vos?

DOÑA MAGDALENA.

¿Quién mandó jamás de veras,
aunque se fuese á las Indias,
á su amante que á otra quiera?
Esperaba escusas yo
que mis ruegos convencieran,
y á amaros mas me obligaran,
pintándome faltas de ella.
Creí oiros decir
que era fria, que era necia,
y que os mandara dar muerte,
antes que casar con ella.
(*Aparte.* ¡Que esté yo de mí celosa,
y en cuanto soy la condesa,
me pese que don Melchor
ser mi esposo me prometa!
¡Estraña condicion tengo!)

DON MELCHOR.

No haya mas, mi airada bella;
si os ofendí, perdon pido;
pare en paz esta pendencia.
Yo os juro por la hermosura
que en vos mi amor considera,
que no hay monstruo para mí,
como doña Magdalena.
Si aunque á Nápoles os vais,
y aunque mas oro me dieran

que en las entrañas del mundo
los rayos del sol engendran,
pusiera en ella los ojos....

DOÑA MAGDALENA.

(*Habla con distinta voz, fingiendo que es doña Magdalena que llega.*)

¿Qué es esto?
(*Responde con la voz que primero.*)
—¡Oh amiga! llega;
que aquí está tu don Melchor
haciéndote mil ofensas.
Averígualas con él,
ya que llegaste á entenderlas;
que yo me voy á dormir
para que mañana pueda
madrugar á mi jornada.

(*Retírase, y vuelve un momento despues, para aparentar que se va la condesa y se queda doña Magdalena.*)

Quien habla mal en ausencia
de mugeres principales,
sin llegar á merecerlas,
en fé de poco cortés,
cual vos, bien será que pierda
como el crédito conmigo,
el amor de la condesa.
Sois muy limitado vos
de entendimiento, y es fuerza
que no alcanceis lo que valen
los quilates de mis prendas.
Mal juzgará de colores
el ciego, ni de bellezas
el montañés, que templado
está al gusto de una sierra.
Las de Leon os sazonen
el vuestro; que en esta tierra,
hilando amor tan delgado,
no alcanzais sus sutilezas.
(*Vase y cierra la ventana.*)

ESCENA XIX.

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

¡Ventanazo, vive Cristo!
Y pullas á pares echan,
sin decirnos: "agua va."
Bercebú que las entienda.
Alto á casa, y quedensé
ambas á dos para hembras.

DON MELCHOR.

¡Hay sucesos semejantes!

ESCENA XX.

DON ALONSO. DON LUIS. DON GERÓNIMO. DON SEBASTIAN. CRIADOS, *con luces.*—DON MELCHOR. VENTURA.

DON ALONSO.

¿En la calle á Magdalena
que hablaba un hombre, me dices?

DON GERÓNIMO.

Esto es verdad.

VENTURA.

(*A su amo.*)
Falsas puertas
abren; acojámonos,
si no quiéres que nos muelan.

DON SEBASTIAN.

Aquí se están todavia.

DON ALONSO.

Este es don Melchor.

DON GERÓNIMO.

Pues muera.

VENTURA.

Cogido nos han la calle.

Quiera Dios que por bien sea:

DON ALONSO.

(*A don Melchor.*)

¿Qué ocasion puede moveros,
si no es locura, á que venga
á hablar por rejas de noche
quien de dia ser pudiera
señor de esta casa misma,
sino es que afrentar intenta
á quien ronda como á dama
quien de ser su esposo deja?

DON MELCHOR.

¿Yo? Engañaisos si pensais
que por doña Magdalena
rondo calles y ventanas.

DON ALONSO.

Pues ¿por quién?

DON MELCHOR.

Por la condesa,
que es mi esposa, y me mandó
que aquesta noche viniera,
y agora de aquí se aparta,
y en vuestra casa se hospeda.

DON ALONSO.

¡Condesa en mi casa!

DON MELCHOR.

Sí.

DON GERÓNIMO.

¿Hay locura como aquesta?

DON MELCHOR.

Pues ¿podréislo vos negar,
si en esta ventana mesma
acaba de hablarme agora?

DON ALONSO.

No escusareis con quimeras
el agravio que á mi honor
habeis hecho.

VENTURA.

Espadas quedas,
que mi amo dice verdad,
á pagar de mi honra; y sepan
que no há una hora que le dió

de esposa la mano tierna
la condesa del bolsillo,
y yo serví de banqueta
porque mejor se alcanzasen
estas bodas zapateras.

DON ALONSO.

¡Cielos! ¡Condesa en mi casa?

ESCENA XXI.

DOÑA ÁNGELA.—DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Sí, señores, yo soy esa,
que con el favor de un manto,
antiyer fingí encubierta
lo que no soy, agradada
del término y gentileza
de don Melchor: esta noche
le he dado por estas rejas
mano de esposa.

DON SEBASTIAN.

¿Qué dices?

DOÑA ÁNGELA.

Que no es razon que obedezca,
si es libre mi voluntad,
las bodas que tú conciertas.

DON MELCHOR.

¡Ay señora de mis ojos!
No en balde el alma discreta,
sin veros, hizo eleccion
de tan celestial presencia.
Vos sois mi querida esposa.

DON SEBASTIAN.

Primero que tal consienta....

ESCENA XXII.

DOÑA MAGDALENA. QUIÑONES. SANTILLANA.—DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.
Doña Ángela os ha engañado,
por mas que usurparme quiera
el derecho de mi amor,
porque yo soy la condesa,
(si en el título fingida,
en la sustancia de veras)
á quien don Melchor adora,
y vos quien hoy encubierta
pretendísteis engañarle,
hurtándome el nombre y señas.
Y para confirmacion
de esto, los testigos sean
estas trenzas y bolsillo,
aqueste escudero y dueña.

SANTILLANA.
Esta es la pura verdad
sin gota de agua: estafeta
he sido de estos despachos.

QUIÑONES.
Doña Ángela, en vano intentas
lo que los cielos estorban.

DOÑA MAGDALENA.
Y para última certeza,
esta mano os desengañe,
pues fué, idolatrando en ella,
principio de vuestro amor.

DON MELCHOR.
Conózcola, y con vergüenza
en ella sello mis labios.

VENTURA.
Acabemos, pues, y tengan
fin alegre estos desvelos.

DON ALONSO.
Don Sebastian, pues lo ordena

el cielo ansí, ¿qué remedio?

DON SEBASTIAN.

Tener envidia.... y paciencia.

DON LUIS.

Ya que yo no merecí
ser su esposo, pues se emplea
en mi primo, consolado
con vos, mis amores cesan.

DON SEBASTIAN.

Don Gerónimo ha de ser,
Ángela, tu esposo.

DOÑA ÁNGELA.

Sea,
pues no puede don Melchor.

SANTILLANA.

Y Santillana se queda
por escudero de casa.

VENTURA.

Quiñones, tus tocas vengan
á ser manteles de boda:
pondráte mi amor la mesa.

DON MELCHOR.

[illegible] r'os los dos mil escudos,
si os casais.

QUIÑONES.

En hora buena.

VENTURA.

Sacaréte de [illegible]cado
cuando te saque de dueña.

DOÑA MAGDALENA.

Ya, señores, no seré
la celosa de mí mesma.

DON MELCHOR.

Ni TIRSO estará quejoso,
si os agrada esta comedia.

EXAMEN

DE

LA CELOSA DE SÍ MISMA.

A una dama que salia de la iglesia con el manto echado sobre el rostro, dirije espresiones amorosas un caballero recien llegado á la corte. Aquel galan venia desde Leon para casarse con una jóven á quien no conocia; y la casualidad hace que la dama de quien se enamora en la iglesia, solo por verla una mano muy hermosa, sea su novia misma, de la cual se disgusta cuando la ve, preocupada su imaginacion á favor de la desconocida. Doña Magdalena, pues, adorada de don Melchor á velo caido, y despreciada injustamente, descubierto su gallardo semblante, tiene celos de sí propia con razon sobrada; y el agravio que se hace á sus buenas prendas, le da derecho para castigar en don Melchor al novio voluble, reservándose premiar al cabo al amante fino. Esta combinacion está ingeniosísimamente ideada. Un mancebo que se preciaba de buen mozo, y se veia buscado, aunque pobre, para marido de una dama bella y rica, debia naturalmente aficionarse mas á un galanteo misterioso que á un matrimonio de conveniencia: tal es el caracter de la juventud, codiciosa siempre de singularidades y novelerías. Partiendo de este punto, la fábula camina á su fin, no solo sin tropiezo, sino con interes progresivo. El plan de *la Celosa de sí misma* es el mejor de los que trazó la pluma de Fray Gabriel Tellez; *la Celosa de sí misma* compite con las mejores comedias de Calderon, de capa y espada; es en fin una de las mas bellas composiciones de nuestro teatro. No mas que tres dias emplea Tellez para desenvolver sin ahogo este pensamiento dramático, poniendo cada jornada en un dia distinto; de modo que el canon aristotélico de *procurar* embeber la accion del drama en el espacio de un dia ó poco mas, apenas se puede decir que esté aquí desobedecido. Los actores aparecen en lugares poco distantes entre

sí; y en cuanto al cumplimiento de la unidad esencial y primera, solo puede notarse que el personaje de don Luis, sin ser inútil, no sea tampoco absolutamente necesario.

De los caracteres de don Melchor y doña Magdalena, que son los principales, ya hemos dicho lo suficiente para manifestar que nos parecen retratados con tino; pero el de doña Ángela no corresponde á las noticias que de aquella dama nos da su hermano. De los melindres que don Sebastian le atribuye, solo advertimos una muestra cuando en la escena IX del primer acto se admira de que haya muger que delante de un cura y testigos diga que quiere á un hombre. El otro defecto que se achaca á doña Angela, el de una presuncion desmedida, no se prueba con rasgo ninguno; antes cuando compite la dama andaluza con su vecina, lo hace de un modo que seria absolutamente impropio de una señora altanera.

Como el plan de esta pieza es sumamente cómico, las escenas y situaciones cómicas abundan en ella, no aisladas ó mal zurcidas unas con otras, sino sujetas con la trabazon conveniente. Nótase asimismo la meditacion del autor en algunos pormenores no insignificantes. Desde el primer verso sabemos donde pasa la accion, cosa nada comun en las comedias de Tellez. Para que resulte impresion mas agradable del enamoramiento repentino del galan, el autor nos le ha presentado en la primera escena muy pagado de su cordura, en cuya confianza desprecia los avisos de su criado. Para que no se estrañe que dé al olvido el compromiso que le trae á Madrid, le hace Tellez indicar como que no viene del todo resuelto á dar la mano á doña Magdalena, pues dice que aunque el dinero le agrada, no se ha de casar sino con muger que reuna virtud y belleza. El trueque de los bolsillos, obsequio de que hoy se ofenderia la delicadeza de una dama, no desdecia de las costumbres de la época, y en el teatro agrada mucho, así por el interes que toma el criado en impedirlo, como por el gracioso inventario que hacen amo y criado despues, cuando registran el limosnero de doña Magdalena. La escena VII da á conocer que Tellez introdujo en la comedia el personage de don Luis para hacer á don Melchor mas disculpable, si se apartaba de los conciertos tratados, pues así quedaba á doña Magdalena un novio de su misma sangre, y mas rico que el leonés á quien la habia destinado su pa-

dre. La ceguedad de don Melchor, el desprecio que hace de la mano de doña Magdalena cuando la considera como de la muger que ha de ser suya, siendo aquella mano misma la que le prendó en la Victoria, es un pensamiento cómico á la par que lleno de filosofia.

El acto segundo tiene mucho mas movimiento que el primero. La prueba de amor que doña Magdalena exije de don Melchor, es justa. El apoyo que da á la mentira de Santillana, el cual en un momento le improvisa un título, podria ser una falta en comedia de otro argumento; pero no aquí, donde la imaginacion exaltada de un amante ha formado dos damas de una, con la que al fin ha de venir á casarse. Es muy teatral la situacion de la escena X, cuando va á pedir don Melchor licencia para el supuesto viage á Talavera, y don Alonso y su hijo, doña Ángela y su hermano se mofan de él, declarándole que saben sus amores secretos; pero aun es superior la escena siguiente, en que doña Magdalena finge que le ha encargado la condesa dar parte á don Melchor de su partida á Italia. ¡Cómo se trasluce el resentimiento de la beldad ofendida en las espresiones siguientes!

Pidióme que de su parte
me despidiese á lo fino,
y enjugó á los soles perlas
con aquel marfil bruñido,
en cuya comparacion
es yeso, es carbon el mio,
y es, en fin, una Etïopia.

El yeso que sirve aquí de término comparativo, seria sin duda el que llaman *negro* los alarifes, pues el que emplean los estuquistas escede con mucho al marfil en blancura.

Llega el acto tercero, y en él la bellísima escena en que las dos damas se disputan porfiadamente el condado de Chirinola, y dan de sí á don Melchor tales señas, que no puede conocer cual de las dos le engaña. Sube de punto el interes de la situacion con la circunstancia de retirarse, cual en derrota, la contendiente que tenia derecho al triunfo. La escena XV es muy semejante á otra que hay en el acto tercero de *la Villana de la Sagra*; pero aquí aparece mejor dispuesta; reune ademas la particularidad de que doña Magdalena represente en aquel lance dos papeles sin

inverosimilitud, y hasta el diálogo corre con mas naturalidad y soltura. Completa el acto y el drama un desenlace cómico, oportuno y satisfactorio, cualidades que no reunen ni todos, ni los mas en las comedias de Tellez.

Hubiera sido de desear que así como estudió el autor el plan de su obra detenidamente, se hubiese parado tambien á corregir algunas imperfecciones en la versificacion y en el lenguaje. Búrlase varias veces en esta comedia de la secta culterana, que ya entonces progresaba notablemente, y sin duda para aleccionar con el ejemplo á los escritores infectos de aquella plaga, les ofreció en muchos trozos de *la Celosa de sí misma* modelos de diálogo sencillo y propio, de versificacion fácil y clara; pero cometió algunos errorcillos que conviene manifestar á los jóvenes que lean sus obras, para que no caigan en la tentacion de imitarlos.

Sobre los defectos de construccion que hay en el cuento de don Sebastian (escena II del primer acto) ya llamamos la atencion de los lectores en una nota. En la misma escena, página 134 se lee:

Pasad la lengua á los ojos,
si en *hechiceros despojos*
cuerdas resistencias valen.

La espresion de *hechiceros despojos* en lugar de *lides* contra un poder mágico, irresistible, ni es propia, ni clara, ni feliz.

Página 158.

¿Está bueno este cabello?
—Tal, que estando amor *cabe ello*,
rendirá á cuantos le ven.

Lo del *cabe ello* es un retruécano que no disculpa la falta gramatical. *Cabe él* era en todo caso como pudiera decirse.

Página 160.

Pero ¿de qué sirve ya
hacer de él memoria *en vano*,
si para darte la mano,
tu esposo á la puerta está?

En vano, ripio.

Página 164.

Pensamientos,
¿qué piélago os ha engolfado

de contrarias suspensiones?

No se dice con propiedad que un piélago engolfe ni pensamientos, ni naves: ellos y ellas se engolfarian en él.

Página 193.

Por Dios,
que le ha enamorado allí
el mejor ojo que ví,
no os haciendo agravio á vos,
y la mano mas brillosa
que el jabon de Chipre honró.
Hoy la palabra nos dió
de que ha de ser nuestra esposa.

Parece que la mano es la que dió palabra de casamiento.

Página 197.

Solo es poderoso, cielos,
en tan proceloso abismo
partir un corazon mismo
el cuchillo de los celos.

Falta la proposicion *á* delante del verbo *partir*.

En cuanto á la versificacion, hemos reparado que en los romancillos varias veces se aconsonantan los pares, cosa que debe evitarse con cuidado. En la escena III del primer acto no mas, hemos hallado los siguientes: *contera*, *pudiera—ella*, *bella—fuera*, *tuviera—cabellera*, *mollera*.

Solo se pueden disimular estos defectos, y otros de igual especie, á los escritores que hayan escrito, no tanto como Tellez ni tan de prisa, sino tantas bellezas.

ı secreto de estado.
ımorias de un coronel.
sepo el Veronés.
hijo de la tempestad.
ıa boda improvisada.
ırcelino el tapicero.
s dos solterones.
hombre mas feo de Francia.
che toledana.
juglar.
castigo de una madre.
s memorias del diablo.
ra cosa con dos puertas.
ıspar.
ıeven bofetones.
ıar en vedado.
corsario.
ıate por interés.
ıazar me vuelvo.
buen padre y ser buen hijo.
sitio de Bilbao.
ımwell.
ılo y Paulina.
novia de palo.
ıera, viuda y casada.
ırotestante.
alina de Médicis.
ıaballero de industria.
ıtobal el leñador.
riela de Belle-Isle.
ıbuelo.
ıédico y la huérfana.
ıacto del hambre.
ıroscripto.
degollacion de los inocentes.
dos celosos.
cómicos del rey de Prusia.
badía de Castro.
hombre de bien.
arcajada.
ıro ó el pastor de Florencia.
ıecreto de familia.
aventura de Carlos II.
ıolinera.
ercader flamenco.
ıcretario privado.
ısterna de Alby.
cadena.
r y nobleza.
nio Perez y Felipe II.
fo.
venga sus agravios.
ıi.
ır y cobrar el cetro.
ıe años despues.
el novicio.
elos.
imito.
a la cieguecita.
olitarios.
Augo.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Howar.
Chiton!!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani ó el honor castellano.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Baviera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Cain Pirata.
Mata-muertos y el cruel.
La familia de Falkland.
A muerte ó á vida.
La judía de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D'Arteveldc.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal!!!
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
Estar en babia.


3 0112 117480324

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Principe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria........	Gonzalez.
Alcoy........	Marti Roig.
Alicante.........	Champourcin.
Burgos...........	Arnaiz.
Badajoz.........	Viuda de Carrillo.
Barcelona......	Piferrer.
Bilbao.............	Garcia.
Cadiz.............	Moraleda.
Córdoba..........	Berard.
Coruña............	Perez.
Granada.........	Sanz.
Habana..........	Urban Ramos.
Huesca...........	Navarro.
Jaen...............	Orozco.
Jerez...............	Bueno.
Lugo..............	Pujol.
Málaga..........	Aguilar.
Murcia..........	Gisbert.
Oviedo..........	Longoria.
Orense............	Novoa.
Pamplona.......	Erasun.
Palencia.........	Santos.
Palma............	Gelabert.
Santander......	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla...........	Caro Cartaya.
Santiago.........	Rey Romero.
San Sebastian..	Baroja.
Toledo............	Hernandez.
Vitoria...........	Ormilugue.
Valencia........	Navarro.
Valladolid......	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza.......	Yagüe.